

MORAL Y POLITICA EN NICOLAS MAQUIAVELO

**Por: Néstor Raúl Correa Henao
Egresado Facultad de Derecho U. P. B.**

CONTENIDO

Prólogo

1. La investigación científica
 2. Ubicación histórica
 - 2.1 Ambiente económico-político
 - 2.2 El renacimiento
 - 2.3 Florencia
 3. Análisis de el príncipe
 - 3.1 Análisis político
 - 3.2 Análisis moral
 4. Vigencia de maquiavelo en el tiempo
- Bibliografía

PROLOGO

Se le podía condenar, aborrecer,
despreciar, pero todos se recono-
cían en él.

Hauser

El objetivo de esta monografía no es tanto participar en un concurso que el Banco de la República ha querido, en buena hora, organizar, sino el de enfocar la obra de Maquiavelo desde un punto de vista diferente al modo como tradicionalmente ha sido estudiado, ya que se pretende no tanto resumir su obra y criticarlo, sino estudiarlo desde el punto de vista que debe hacerse, esto es, como el precursor de la ciencia política moderna, desprovistos de toda consideración ajena a su materia, sin parar mientes en otros discursos que podrían analizar, como en efecto lo hacen, esos mismos hechos políticos, tales como la moral, la religión, el derecho, etc.

Es por esto que no se pretende hacer un tratado de su vida, ni de sus obras diferente a *El Príncipe*, es decir, las de carácter meramente histórico o literario, ni de los Discursos sobre la primera década de Tito Livio, puesto que, no obstante el sentir de algunos tratadistas, de que los Discursos es su principal obra política, es un hecho que ella no aporta tanto como *El Príncipe* a la ciencia política pura, que es el más caro interés de este ensayo, y es por ello que nos dedicaremos al análisis exclusivo de este último.

De otro lado, queremos aclarar de que este estudio no se hace con el ánimo de concursar para una beca, sino más bien como un desafío personal. Con obsesión encaramos desde un principio este discurso.

No queremos tampoco pasar por presuntuosos al intentar una nueva visión sobre el tema, pero es que con la ciencia política pasa lo mismo que con el derecho hace dos siglos, cuando aún permanecía teóricamente confundido con la moral, hasta que Kant y sus discípulos empezaron a deslindarlos, y hoy se encuentran perfectamente separados como ciencias independientes. Asimismo se encuentra en la actualidad la ciencia política, ciencia que, por su natural acercamiento a otros campos, no es estudiada con la necesaria autonomía que su conocimiento exige. Sólo Maquiavelo ha intentado teorizar con rigurosidad al respecto, pero sus críticos no han sido afortunados al valorarlo con reglas distintas a las adecuadas, vale decir, lo han tildado de inmoral, lo cual es absurdo en términos rigurosamente científicos, dado que en política lo que interesa es la eficacia. Los escrúpulos de unos míopes han recaído sin compasión sobre un genio visionario y realista.

En la elaboración del presente ensayo hemos tenido dos grandes dificultades: la ausencia de algunos libros cuya consulta era importante, como algunos de Renaudet, Ridolfi, Sforza y Toynbee, y la ambigüedad de ciertos temas, como por ejemplo las encontradas opiniones que desde el punto de vista de la moral se han profe-

rído sobre Maquiavelo, aun en nuestros días, lo que ha implicado para nosotros un gran esfuerzo el tratar de dilucidar este punto.

En cuanto a las fuentes de este trabajo, se ha contado, a más de varias ediciones de *El Príncipe*, en especial la de Angeles Cardona de Gilbert, y demás escritos políticos de Maquiavelo, con extensa bibliografía nacional y extranjera, en libros y revistas, sobre la materia objeto de estudio.

El orden del temario, además de lógico, es sencillo: luego de ubicar a Maquiavelo en el tiempo y el espacio, requisito indispensable para comprenderlo y valorarlo, se desembocará en un análisis del tema central de estas tesis: *El Príncipe*, pero siempre guardando la intención apologística de mirarlo desde un nuevo punto de vista. Finalmente, se hará un resumen de las ideas Maquiavelianas a través de la historia.

Sea ésta también la oportunidad para agradecer al Banco de la República por propiciar el mejoramiento del nivel investigativo en Colombia.

1. LA INVESTIGACION CIENTIFICA

La investigación científica es una de las bases principales de la civilización actual; de ella dependen la salud, el bienestar, la riqueza, el poder y la jerarquía de las naciones.

Somos nosotros los profesionales, los llamados a investigar, y es menester que en este sentido demos testimonio. Empero, no queremos insinuar que los científicos sean una raza superior que se refugia en sus laboratorios. No, pues somos amigos de desmitificar al científico, pero es un hecho que no todas las personas están llamadas a serlo, ni siquiera la mayoría. Investiguemos, pues, hasta devenir en Academia.

Es necesario agregar también que la investigación se encuentra atrasada en nuestro medio, ya que la falta de estímulos, la mediocridad y la pereza mental impiden una investigación cualitativa y cuantitativamente mayor, que sin duda contribuiría a sacarnos de la lamentable dependencia ética y económica a las cuales permanecemos, por el momento, sumisos.

Resaltar la importancia de la investigación científica es una labor relativamente fácil, por lo evidente que es, ya que para nadie es un misterio que el progreso de la humanidad se debe al avance de la ciencia, y ésta, a su vez, evoluciona merced a las investigaciones.

En los momentos actuales resulta particularmente importante la investigación, puesto que atravesamos coyunturas cruciales de la historia, pues las ciencias técnicas han progresado en forma insospechada, además de peligrosa, mientras que el hombre se debate en medio de agudas crisis existenciales. Y la ciencia debe estar al servicio del hombre para ofrecerle a cada instante soluciones a sus problemas; es

por esto que hoy debe investigarse, con el fin de que la ciencia le clarifique a la humanidad sus horizontes.

Ahora bien, la investigación ya en el campo de las ciencias jurídico-políticas es hoy igualmente importante; en efecto, en este siglo han transcurrido trascendentales fenómenos en estas materias, tales como la elaboración de una teoría pura del derecho y la siempre creciente publicización del derecho privado, que han incrementado ostensiblemente los horizontes de la investigación en estos campos.

Y a su vez, la importancia concreta de la presente investigación estriba en que el tema objeto de estudio jamás pierde importancia, toda vez que mientras exista el hombre, el juego de sus pasiones por el poder es inevitable; como diría Nietzsche, la Voluntad de Poder es "la esencia de lo vivo" (1); o como dice James Burnham, "la lucha por la preeminencia es más importante que la lucha por la existencia" (2). El interés, la actualidad y la controversia que suscita Maquiavelo, justifican con creces este discurso.

Como vemos, no es pequeño, pues, el aporte que el Banco hace por la ciencia y por Colombia con este concurso.

El presente trabajo mezcla tres formas diferentes de investigación: Una parte es monográfica, es decir, simplemente se dan a conocer aspectos interesantes; comprende los dos primeros aportes del temario. La segunda parte, que abarca los análisis del capítulo tercero, es de sustentación de tesis, que es propiamente la esencia de este ensayo. Y la tercera parte es una especie de conclusión, pues allí se estudia la vigencia de Maquiavelo a través de los tiempos, ya que estas líneas, antes que ser academicismo puro, estéril y dilatante, pretenden ser más bien una apología de Maquiavelo.

De otro lado, toda investigación científica requiere de una metodología y un método. La metodología es la "ciencia y arte que enseña el modo de proceder y las normas conforme a las cuales ha de proceder la investigación científica y el aprendizaje científico. Es decir, la metodología es la parte de la filosofía que se ocupa del estudio científico del método" (3). El método, que etimológicamente quiere decir camino, es el orden concreto por el que se rige cada ciencia para llegar a la aprehensión de su objeto concreto. La presente investigación, además de la metodología científica, emplea, en principio, el método del materialismo dialéctico*, pero luego lo abandona. La relación con el materialismo dialéctico es, a su vez, dialéctica.

1. NIETZSCHE, Federico. Más allá del bien y del mal. Alianza Editorial, Madrid, 1980, pág. 222.

2. BURNHAM, James. Los Maquiavelistas. Defensores de la Libertad. Emecé Editores S.A., Buenos Aires, 1945, pág. 222.

3. Vid. MANDELIUNAS, Mateo. Metodología del trabajo científico. En: ACOSTA, Luis Eduardo. Metodología de la Investigación. Universidad de Antioquia. XLIV (1168): 623 - 630.

* Según el cual, los fenómenos que nos ocupan —culturales—, deben estudiarse como consecuencia de la interacción de los modos de producción. Según vive el hombre, así piensa. Es necesario entonces, iniciar con la visión económica de la época. La literatura comunista es abundante en este punto. Véase por ejemplo el Manifiesto del Partido Comunista de Marx y Engels, y el Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, de este último.

2. UBICACION HISTORICA

Es indispensable ubicar a Maquiavelo en el tiempo y en el espacio, pues únicamente así podremos entenderlo y juzgarlo adecuadamente; en efecto, su relación con la época es tal, que sin su estudio intentaríamos en vano asimilar el pensamiento del secretario florentino —nombre con que se le ha identificado—, que se informa de los valores explosivos del momento. Es quizás el autor donde más necesario resulta estudiar las circunstancias que lo rodearon, ya que a menudo la comprensión y valoración de sus ideas sólo son posibles mediante ese marco teórico.

Así las cosas, estudiaremos la economía de la época, siguiendo el materialismo histórico; luego el movimiento cultural en el cual Maquiavelo estaba inmerso y del cual es representante, esto es, el Renacimiento, y finalmente estudiaremos la ciudad de Maquiavelo, Florencia, que para entonces era su República.

2.1 AMBIENTE ECONOMICO—POLITICO

Siguiendo el materialismo histórico, entonces, veamos inicialmente el aspecto económico de la época: según Bloch, citado por Castillo Peraza, "es el inicio del capitalismo: la burguesía citadina, aliada a la realeza, que se encamina hacia el absolutismo, pone fin al feudalismo caballeresco. Triunfan los esfuerzos que, en Italia, durante los siglos XIII y XIV, se tradujeron en revueltas de artesanos. . . Las empresas manufactureras se imponen sobre las artesanales; se comienza a calcular costos, puesto que ya no sólo se trata de aprovisionar el mercado local, sino de expedir productos a puntos lejanos. . . El Renacimiento parte de Italia. Ello aporta dos hechos nuevos: economía capitalista individual, frente al mercado cerrado de las corporaciones; la impresión de inmensidad que sustituye a la imagen del mundo artificial y cerrado de la sociedad feudal y teológica"(4).

La iglesia y la nobleza fueron vencidas por la naciente burguesía. Ya no es el suelo y la sangre, sino el dinero, el que concentra el poder. Fueron los gremios mayores, con su vocación urbana, los que desplazaron el feudalismo, que nunca se perdió por completo. Se transforman las capas sociales y aparece una nueva mentalidad, gracias al dinero; cambia también la técnica, el arte, la ciencia. Esta nueva dinámica llega a su culmen, y posteriormente se volvería de revolucionaria a conservadora, siguiendo así el curso natural de las doctrinas según su relación con el poder: antes de él, en él y después de él, cuando declinan. "Si en la edad media —anota Von Martin— el poder político, consagrado por la religión, gozaba de primacía, ahora el predominio es del poder económico, justificado con motivos intelectuales"(5).

4. BLOCH. En: CASTILLO PERAZA, Carlos. Maquiavelo, ética y política. Revista Logos (México). (20): Mayo - agosto de 1979. pág. 36.

5. VON MARTIN, Alfred. Sociología del Renacimiento. Fondo de Cultura Económica, México, 1946. pág. 17.

“Al capital en dinero —continúa Von Martin—, a la propiedad mueble, se asocia el poder afín del tiempo, pues éste, visto desde este ángulo, es dinero. Es la gran fuerza liberal frente a la fuerza conservadora del espacio, de la propiedad mueble, de la del suelo. . . Estos son los instrumentos nuevos del poderío burgués: dinero y tiempo, ambos fenómenos de movimiento” (6). Y el autor agrega: “la sangre, o sea la preeminencia por el nacimiento, y el privilegio espiritual que da la consagración sacerdotal, fueron los principios de selección de la edad media. Frente a ellos aparecieron, como nuevos factores de estructuración social, el dinero y la inteligencia” (7).

La división de clases era: por un lado, la nobleza terrateniente y el campesinado sometido a ella —cual esclavos—, y por otro, los artesanos urbanos, asociados corporativamente en gremios. El poder público estaba desmembrado en un sinnúmero de grupos privilegiados. En el siglo XVI se inicia la victoria de la economía capitalista, que hacía tres siglos había empezado a originarse, y para ello era necesario que el absolutismo concentrara las dispersas funciones de competencia estatal.

Empieza a formarse una pequeña burguesía mercantil, fruto de una incipiente acumulación de capital por parte de los primeros intermediarios o comerciantes. Es la época del capitalismo mercantil. “Esos cambios económicos —dice Sabine— tuvieron consecuencias sociales y políticas profundas. Por primera vez desde la caída del Imperio Romano, la sociedad europea tenía una clase considerable de hombres que poseían dinero y espíritu de empresa. Por razones obvias, esa clase era el enemigo natural de la nobleza y de todas las divisiones y desórdenes fomentados por los aristócratas. Sus intereses necesitaban de un gobierno “fuerte” tanto en el país como fuera de él y de ahí que su aliado político natural fuera el rey. . . El poder regio llegó a ser, sin duda, arbitrario y, con frecuencia, opresor, pero el gobierno de los príncipes era mejor que nada de lo que pudiera ofrecer en este aspecto la nobleza feudal” (8). Maquiavelo mismo, odiaba a la nobleza, por ociosa y corrompida. Los cambios económicos exigían cambios políticos. El nuevo comerciante “aventurero” que conquistaba nuevos mercados, se abastecía en los puertos italianos y se embarcaba con sus mercancías hacia el mejor postor.

El control de estas actividades exigía un gobierno mucho más poderoso que la vieja municipalidad feudal. El gobierno local era importante ante la amplitud del mercado. “En el siglo XVI —nos dice también Sabine— todos los gobiernos monárquicos habían adoptado una política consciente de explotación de los recursos naturales, de fomento del comercio tanto interior como exterior y de desarrollo del poder nacional” (9).

6. *Ibíd.*, pág. 37

7. *Ibíd.*, pág. 69

8. SABINE, George, *Historia de la teoría política*. Fondo de Cultura Económica México 1945 pág. 322 - 323.

9. *Ibíd.* pág. 322

Maquiavelo (10), escudriñador testigo de estos acontecimientos, percibió en uno de sus lances que los intereses de la nobleza eran contrarios a los de la monarquía y a los de la clase media, y que por consiguiente era necesaria su destrucción. "Maquiavelo señala la oposición existente entre los intereses del pueblo y los de las clases pudientes"(11), nos dice Pokrovsky, quien agrega que "traduciendo las reivindicaciones de la burguesía, Maquiavelo se pronuncia en favor de un Estado nacional netamente mundano, libre de la influencia de la iglesia católica feudal" (12).

Que todos estos cambios económicos repercuten en cambios a nivel de la ideología es cosa manifiesta y bien sabida, pero dejemos que sean las palabras de Von Martín las que nos relaten esto: "El resurgimiento de las ciencias exactas fue posible gracias a la fusión de dos grupos que antes habían estado separados: los intelectuales, por una parte, y los prácticos en artes e industrias, por otra"(13). "La nueva forma política de la burguesía emancipada fue la democracia municipal y el arte asume la función de expresar ese nuevo poder de la ciudad-estado. Así nace el nuevo estilo del arte burgués que unía lo sencillo con lo grande, el realismo con la majestad, y representaba de este modo el ideal burgués"(14). "Una capa social superior, político-económica, como la feudal en la Edad Media, o económico-política, como la nueva capitalista, se corresponde con una capa intelectual superior, nacida de la misma situación social que ella, y que ayuda a sostener su posición externa de fuerza con una ideología, que crea una opinión pública que corresponde a esa situación social"(15). Y José Luis Romero añade que "Maquiavelo es el más alto exponente de la mentalidad burguesa del siglo XVI y sólo con ella como trasfondo puede ser entendida su personalidad y su obra. Ha desafiado la política del enmascaramiento y ha desplegado todas las posibilidades de la mentalidad burguesa. Despreocupadamente, y desarmado como el profeta desarmado que él denunció, ha exhibido sus últimas consecuencias"(16).

Y a nivel político los cambios no fueron menores. "La monarquía absoluta derrocó el constitucionalismo feudal y los estados-ciudades libres. La propia iglesia, la más característica de todas las instituciones feudales, fue presa de la monarquía o de las fuerzas sociales en que éstas se apoyaban. Débiles y ricos

10. Cfr. Discursos sobre la primera década de Tito Livio, I, 55 en: CASTILLO PERAZA, Op. Cit. pág. 49.

11. POKROVSKY, V. S. y otros. Historia de las ideas políticas. Editorial Grijalbo S. A., México, 1966. pág. 145.

12. Ibídem, pág. 146.

13. VON MARTIN, Op. Cit. pág. 49.

14. Ibídem, pág. 51

15. Ibídem, pág. 69

16. ROMERO, José Luis. Maquiavelo Historiador. Ediciones Signos. Buenos Aires, 1943. pág. 18.

a la vez —combinación fatal en una era de sangre y fuego—, los monasterios fueron expropiados igualmente por las monarquías protestantes y católicas, con el objeto de proporcionar riqueza a una nueva clase media que constituía la principal fuerza de la monarquía. . . (17), escribe Sabine.

Se estaba en tránsito del feudalismo al absolutismo; del Cuatrocientos al Quinientos. Los cambios socio-políticos, eran, entonces, frecuentes y explosivos. La monarquía absoluta era la forma de gobierno predominante. Es Castillo Peraza quien así nos describe los acontecimientos socio-políticos de aquella época: "Europa, entonces, tiene nombres sonoros: España, Francia, Inglaterra y Alemania. Los españoles están en su fase definitiva de su lucha contra los moros, que culmina en Granada en 1492. La Inquisición nace en 1481. Los Ingleses celebran el fin de la guerra 'de las dos rosas' y el inicio de la dinastía Tudor, de la que formará parte Enrique VIII. Los franceses están unidos bajo Luis XI y se preparan para sus luego largas guerras en Italia contra los españoles, quienes los derrotan definitivamente en Pavía en 1525, fecha en la que Carlos V ya es emperador de Alemania y sus soldados instalan establos en los templos de Roma. Los alemanes —bajo el Sacro Imperio Romano Germánico— son como los italianos pero sin Papa, es decir, están divididos en pequeños estados y los gobierna un emperador sin poder real. Lutero comienza su lucha en 1517, cuando Maquiavelo tiene 48 años. . . En cuanto a Italia, hacia 1490 no es más que una constelación de pequeños estados que se constituyen y se disuelven constantemente (Boloña, Forlì, Inola, Venecia, Urbino, Mantua, Parma, Perugia, Siena, Génova, Nápoles, Milán, Florencia y Roma)"(18). "En torno a cuatro ejes fijos —Roma, Venecia, Milán, Florencia— (dice Chevallier), había una multitud de estados proliferando, pululando, pudriéndose, haciéndose, deshaciéndose, rehaciéndose, con ayuda, las más de las veces, de los extranjeros, franceses y españoles, que habían invadido Italia"(19).

Esa situación de la Europa de entonces nos la describe Maquiavelo en una carta del 26 de agosto de 1513 a Francesco Vettori, citado por Luis A. Arocena, donde escribe: "En cuanto al estado de las cosas del mundo, he llegado a la conclusión de que estamos gobernados por príncipes que por naturaleza o accidente tienen las siguientes cualidades: tenemos un Papa sabio (León X) y, por lo tanto, circunspecto y respetuoso; un emperador en Alemania (Maximiliano) inestable y voluble; un rey de Inglaterra (Enrique VIII) rico, feroz y sediento de gloria; los suizos (Alemanes) bestiales, victoriosos e insolentes; nosotros, los de Italia, pobres, ambiciosos y viles. A los demás reyes no los conozco"(20). Qué agudo

17. SABINE, Op. Cit. pág. 323.

18. CASTILLO PERAZA, Op. Cit. pág. 39.

19. CHEVALLIER, Jean-Jacques. Los grandes textos políticos desde Maquiavelo hasta nuestros días. 5a. ed. Ed. Aguilar, Madrid, 1965. pág. 6

20. CARTA DE Nicolás Maquiavelo a Francesco Vettori. Florencia, Agosto 26 de 1513. En: AROCENA, Luis A. Estudio Preliminar, Notas y Apéndices a El Príncipe. Ediciones de la Universidad de Puerto Rico. Revista de Occidente. Madrid, 1955. pag. 355.

analista es Maquiavelo*, qué desprendido observador, qué alta y amplia visión del mundo tenía el secretario florentino; su elocuencia limita con lo sublime.

• La desunión italiana se debía, a juicio de los italianos, a ninguna otra causa que no fuera la iglesia; en efecto, para ellos el Papa tenía un poder temporal suficiente para impedir que un gobernador se apropiara de todo el país, pero insuficiente para unirlo él mismo. Por eso Maquiavelo(21) señala a la iglesia como la responsable de esa situación. Italia era “una sociedad intelectualmente brillante y artísticamente creadora —sostiene Sabine—, más emancipada que cualquiera otra de Europa de las trabas de la autoridad y dispuesta a enfrentarse al mundo con un espíritu fríamente racional y empírico, y presa, sin embargo, de la peor corrupción política y de la más baja degradación moral”(22).

Y en cuanto a Florencia concretamente, la República de Maquiavelo, ella juega un papel importante en la elaboración y exportación de seda y de lana y, sobre todo, se vuelve un centro bancario. Apoyados por una red extraordinariamente densa de filiales, los bancos florentinos controlan una gran parte del comercio mundial y, por sus préstamos a diversos soberanos, tienen una importante fuerza política, al sentir de Védrine (23). En todo este ambiente económico-político vivió Maquiavelo; éste fue su mundo. “Si hubiese escrito en cualquier otro tiempo y lugar, su concepción de la política habría tenido que ser distinta”(24). Y Ebenstein añade que “La muerte por veneno y la daga silenciosa eran un mero detalle técnico en la eficiente ejecución de un programa político, y había en esto poca diferencia entre reyes y Papas, príncipes y obispos”(25). Inscrito en esta órbita, Maquiavelo escribía sin poder evitar que aun las simples cosas sonaran con ironía y mordacidad. Al lado de ella, cualquier sutileza democrática era, además de inimaginable, imposible.

2.2 EL RENACIMIENTO

El Renacimiento es un movimiento cultural, artístico y literario que surgió

* Pero estas cualidades de Maquiavelo se verán a espacio más adelante. Por lo pronto, avisoremos desde ya las no pocas virtudes que poseía el secretario florentino, a más de su profundo nacionalismo que, preciso es decirlo, dista en mucho del supuesto chauvinismo que algunos críticos, en forma por demás impropia, han tratado de imputarle. Preciso es también dejar en claro la imagen de Maquiavelo: Lejos de la falsa personalidad satánica, Maquiavelo es ante todo un hombre común y corriente; quizás más inteligente y lúcido que la mayoría de los hombres, pero común y corriente, vale decir, medio estoico y medio epicúreo, sin maniqueísmos parciales y desfiguradores.

21. Vid. Discursos, en Op. Cit. I, 12

22. SABINE, Op. Cit., pag. 327

23. VEDRINE, Hélène. En: CASTILLO PERAZA, Op. Cit. pag. 41

24. SABINE, Op. Cit. pag. 325

25. EBENSTEIN, William. Los grandes pensadores políticos; de Platón hasta hoy. Revista de Occidente. Madrid, 1965. pag. 346

entre los siglos XIV y XV en Europa, y que retomó los valores existentes en la época clásica, en especial el ponderamiento del hombre.

El amor por Grecia y Roma, el dualismo entre el Papa y el emperador, la conquista de Grecia por los turcos y el consiguiente éxodo de aquéllos a Italia, la presión del ockamismo sobre el tomismo, la puesta en boga de Aristóteles, el decaimiento de la metafísica y el nacimiento de los estados modernos fueron los hechos más significativos del Renacimiento.

En el Renacimiento "se destacaron toda suerte de conflictos políticos —anota *Ciro Roldán*—, trastornos sociales, fenómenos económicos, descubrimientos geográficos y científicos que se cruzaron con un ambiente de fermentación filosófica, literaria y artística que contribuyeron a forjar la conciencia de la modernidad y la gestación del sustrato real del estado moderno erigido sobre la demolición de las estructuras políticas Medievales"(26).

El Renacimiento, sobre todo, bebe en las fuentes de la época clásica; ello constituye su causa y efecto. La misma brillantez artística y la vitalidad intelectual de Atenas caracterizan al Renacimiento, así como la grandeza del Imperio Romano".

Se descubre en este movimiento la imprenta y la pólvora, se descubren continentes, pero el descubrimiento más importante, al sentir de *Ebenstein*, "fue en apariencia más insignificante que cualquier trabajo de arte o de cualquier genio; fue el descubrimiento del hombre. . . Desplazando a Dios el hombre se convierte en el centro del Universo"(27). Al amparo de lo anterior, el Renacimiento queda comprendido en el término humanismo.

• A nivel jurídico, nace un derecho puramente racional, en oposición a las concepciones teológicas, y en donde la razón y la naturaleza son los criterios de verdad.

En Italia se vivió con especial intensidad, de tal suerte que la pintura, la escultura, las letras y demás manifestaciones artísticas se exteriorizaron con peculiar profusión; la calidad pululaba. Resulta paradójico que siempre que el libertinaje y la corrupción abundan, la sensibilidad artística asaz se incrementa, y hoy el fenómeno parece revivir en nuestro medio. Con razón nos dice *Luis Navarro*, hablando de *El Príncipe*, que "en la época en que fue escrito a nadie escandalizó este libro"(28). Pero es la autorizada voz de *Burckhardt* la que nos dilucida

26. ROLDAN, *Ciro*. Maquiavelo, padre de la ciencia política. *Revista Pluma* (Bogotá). (33): marzo, 1982. pag. 9

27. EBENSTEIN, *Op. Cit.* pag. 339

28. NAVARRO, *Luis*. Introducción a las Obras Políticas de Maquiavelo. En: MAQUIAVELO, *Nicolás*. Obras Políticas. Ed. Poseidón. Buenos Aires, 1943. pag. 449

este punto, al decir que "fue el italiano del Renacimiento quien tuvo que resistir el primer oceánico embate de esta nueva edad del mundo. Tanto por lo que se refiere a lo más elevado y claro como a lo más bajo y lóbrego de ella, ha llegado a ser, con sus dotes y sus pasiones, el representante más destacado y característico. Junto a la más radical depravación, vemos desarrollarse aquí la más noble armonía de la personalidad y un arte glorioso que exalta la vida individual en forma que ni la edad media ni la antigüedad quisieron o pudieron hacerlo" (29).

Y, a su vez, fue en Florencia donde el Renacimiento tuvo su mayor expansión y desarrollo; Leonardo Da Vinci y Nicolás Maquiavelo son testimonio de ello.

• Maquiavelo es típicamente renacentista; es uno de los mejores intérpretes de la época, de suerte que cultivó la historia, la literatura, el teatro y obviamente la política. Su imagen ha estado ligada con lo demoníaco, con lo satánico, pero la realidad es bien distinta. Es él sin duda la confusión perfecta de genio y de época o, en palabras suyas, de "virtú" y de "fortuna". Maquiavelo vive como los hombres de su tiempo, rompiendo con los viejos moldes medievales, dictando valores, creando, cual arquetipo nietzscheano. Todo su pensamiento se informa de los valores entonces existentes. "A pesar de la gran divergencia de opiniones sobre la obra de Maquiavelo y sobre su personalidad —siguiendo a Cassirer—, hay un punto por lo menos en el cual encontramos una completa uniformidad. Todos los observadores ponen de manifiesto que Maquiavelo es 'hijo de su tiempo', un testimonio típico del Renacimiento" (30).

2.3 FLORENCIA

Italia en aquella época todavía no estaba constituida como un Estado, lo que sólo lograría en 1848, sino que era una serie de ciudades-estado que tenían su propia autarquía. Era una sola nación, pero sin unificación política, lo que ocasionó numerosas guerras entre sí. Al respecto nos dice Francesco de Sanctis que "cuando Machiavelli escribía estas cosas, Italia se divertía con las novelas y los cuentos, y el extranjero en la patria. Era el pueblo menos serio y menos disciplinado del mundo. El temple estaba quebrado. . . Pero si en Italia el temple estaba disminuido el espíritu estaba entero. . . En Italia estaba la inteligencia, no la fuerza" (31)

Y la República de Florencia era económica, política y culturalmente una de las más importantes. "El gran mercado de la gloria que era Florencia —anota Jacob Burckhardt— se adelanta. . . a las demás ciudades. Se afirma del Florentino que

29. BURCKHARDT, Jacob. La Cultura del Renacimiento en Italia. Ed. Iberia, S. A. 2a. ed. Barcelona, 1959. pag. 349

30. CASSIRER, Ernst. El Mito del Estado. Fondo de Cultura Económica. México, 1968. pag. 154

31. SANCTIS, Francesco De y FLORA, Francesco. Historia de la Literatura, S. A. Buenos Aires, 1952. pag. 90 - 91

tiene mirada penetrante y lengua maligna'. Un suave tono zumbón sobre todo y sobre todos parece ser lo que imperaba en el trato cotidiano"(32).

"La incomparable Florencia —escribe Chevallier—, de primavera tan dulce, de aire seco y ligero, propicia a los pensamientos claros, a los juicios lúcidos, había estado devastada más que ninguna otra ciudad por las querellas de las facciones, hasta que los Médicis, familia de ricos banqueros —a partir de 1434, con Cosme hubieron de lanzarse con el poder" (33)

En 1469, año del nacimiento de Maquiavelo, muere Pedro de Médicis y lo sucede en el gobierno de Florencia su hijo Lorenzo El Magnífico hasta 1492, cuando muere. En 1477 había fracasado una conjuración en su contra, la de Pazzi, y los cadáveres de los conspiradores son arrastrados por la ciudad, delante de los ojos asombrados de un Maquiavelo infantil. Lorenzo, nos dice Renaudet, instaura "una tiranía civil, burguesa, de una familia de banqueros, convertida por el poder del dinero en dueña del Estado. Una tiranía que evitaba la apariencia de ilegalidad, que afectaba respetar las formas republicanas y la constitución. . . El régimen presenta caracteres demagógicos. . . Los Médicis se apoyan en las clases populares, procurándose por diversos medios su favor" (34)

A Lorenzo El Magnífico lo sucede a su muerte su hermano Pedro, quien, a los dos años de estar en el poder, huye, pues la fortuna se torna adversa para los Médicis por la invasión francesa con Carlos VIII.

En Florencia se restablece la República y llega al poder el monje dominico Jerónimo Savonarola, quien funda una democracia teocrática y puritana. "Desde el Convento de San Marcos, con fluidez y grandilocuencia, venía —escribe Cardona de Gilbert— acusando la inmoralidad del gobierno, el escándalo de los altos dignatarios de la iglesia y la relajación de las costumbres" (35). Pero su intento de fundar una República cristiana y puritana, como Calvino medio siglo más tarde en Ginebra, "choca —al sentir de Agustín Renaudet— con la indiferencia escéptica de la burguesía, contra el odio de los partidarios que los Médicis conservaban, contra la fuerza siempre temible del Papa y de la Santa Sede, que no volvió a verse debilitada por ningún nuevo cisma y que puso sus directrices en Florencia, ciudad gelfa" (36). En efecto, el Papa Alejandro VI, Borgia por naturaleza, decide poner en funcionamiento la terrible máquina devastadora llamada Inquisición y, en 1498, luego de ser aprehendido, torturado y declarado culpable en un proceso

32. BURCKHARDT, Op. Cit. pag. 125

33. CHEVALLIER, Op. Cit. pag. 6

34. RENAUDET, Agustín. Maquiavelo. Ed. Tecnos. Madrid, 1956. pag. 38

35. MAQUIAVELO, Nicolás. El Príncipe. Edición Los Angeles Cardona de Gilbert. Ed. Bruguera. Barcelona, 1979. pag. 10

36. RENAUDET, Op. Cit. pag. 50

amañado e irrisorio Savonarola es ahorcado y quemado. Era axioma de la época que "donde no haya motivo para proceder, hay que fabricarlo"; así funcionaba la Inquisición. Hoy la historia considera a Savonarola, al sentir de Peña Motta, "objetivamente grande orador, predicador e intérprete de las verdades evangélicas en un tiempo en que la conciencia del pueblo estaba distorsionada y en que el espíritu cristiano valía muy poca cosa" (37). Pero como escribe Maquiavelo de Savonarola, "todos los profetas armados vencen, y los desarmados pierden" (38). Maquiavelo adivinaba in illo tēpore una dosis de aquel sustrato sobre el cual Kelsen (39) edificaría su Teoría Pura del Derecho: la coerción.

En 1502 es elegido gonfaloniero, es decir, portador de la bandera de la justicia, Pedro Soderini, hermano del obispo, quien gobierna en Florencia más democráticamente, hasta 1512, cuando cae por obra de los amigos de los Médicis, recuperando estos últimos el poder en cabeza de Juan y Juliano, hijos de Lorenzo El Magnífico.

"La República sucumbía otra vez, y se restablecía con furor la continuidad del poder personal. Ya no eran estadistas de la altura de Cosme o de Lorenzo El Magnífico los usufructuarios del poder, sino descendientes de aquellos cuya "virtú", es decir, el talento y la fuerza, les había destacado en la vida pública" (40). En Florencia volvieron a reinar las instituciones que existían en 1494. Por este tiempo, uno de los Médicis, Juan, es elegido Papa, conocido como León X, quien sucede a Julio II.

Con la caída de Soderini por los amigos de los Médicis, incluso con la aquiescencia de su amigo Vettori, cae también Maquiavelo, luego de catorce años de servicios a Florencia como Secretario de la Segunda Cancillería.

León X muere en 1521, tiempo en que la monarquía europea experimentaba, entonces, muchos cambios. Pero en 1526 los Médicis son derrocados nuevamente y la República renace de nuevo en Florencia; ellos abandonan la ciudad de Maquiavelo, cuando a éste le resta un año de vida.

Italia seguía invadida y dividida; el país se debatía en medio de guerras civiles y religiosas en las cuales estaba inmersa, por tanto, Florencia. Sólo en 1848 se realizaría la ambición de Maquiavelo, acaso otro profeta desarmado, de ver a Italia independiente; este era el verdadero propósito de "El Príncipe", la obra maestra de Maquiavelo. "Su voz —siguiendo a Mantilla Pineda— sólo encontraría

37. PEÑA MOTTA, Pedro Pablo. Maquiavelo. Cepla Editores. Bogotá, 1979. pag. 58

38. MAQUIAVELO, Op. Cit. pag. 108

39. KELSEN, Hans. Teoría General del Estado. Editora Nacional S. A. México, 1979 pag. 22

40. MANTILLA PINEDA, Benigno. Maquiavelo REdivivo. Revista de Estudios Políticos. (Madrid) (165 – 166): 1969 pag. 12

eco tres siglos más tarde y su sueño patriótico se haría realidad con Cavour y Garibaldi" (41). De todas formas la República de Florencia fue en Italia y el mundo un centro cuya importancia no puede desconocerse; su aporte a la historia aún se siente. "La máxima conciencia política y la mayor riqueza de formas evolutivas las encontramos reunidas en Florencia —dice Burckhardt—. En este sentido Florencia merece en justicia el título de Primer Estado Moderno del mundo. . . El maravilloso espíritu florentino, agudamente razonador y artísticamente creador al mismo tiempo, determina continuas transformaciones en la situación política y social y la describe y ordena incesantemente" (42).l

3. ANALISIS DE EL PRINCIPE

El presente ensayo analizará *El Príncipe* desde dos puntos de vista diferentes: el político y el moral. Empero, se intentará un estudio depurado de todo elemento metapolítico, en aras de estructurar una Teoría Política Pura, presagiando desde ellos el contenido del capítulo final.

No se tratará el resto de la obra de Maquiavelo, no porque creamos que no tiene importancia, que de hecho la tiene, y muy significativa, sino porque se enfatizará en su obra maestra, lo que ha hecho inmortal, situándolo en la élite de los genios que la historia conservará por siempre. *El Príncipe* es la más importante obra de Maquiavelo, según vimos, y a ella nos vamos a referir.

Ahora bien, el estudio de *El Príncipe* no es fácil. Cassirer por ejemplo, sostiene que "aun ahora, cuando el libro ha sido abordado desde todos los ángulos y se ha discutido por filósofos, historiadores, políticos y sociólogos, este secreto (el del libro) no ha sido todavía completamente revelado. De un siglo a otro, casi de generación en generación, encontramos no sólo un cambio, sino una inversión completa en los juicios sobre *El Príncipe*" (43). Y Hernán Valencia escribe al respecto: "Arduo en sumo grado es evaluar 'sine ira et studio' a Maquiavelo: sus rasgos temperamentales, su obra y la crítica están pletóricos de ambigüedades. La ambigüedad domina por doquier. . . Con el fin de sortear estos escollos anfibológicos y no pecar por rigor en nuestras apreciaciones, es muy del caso tener en cuenta dos consideraciones fundamentales:

"1. Para evaluar *El Príncipe* de una manera cóngrua es menester leerlo todo. Si se lee fragmentariamente o se citan sólo pasajes, se corre el peligro de desfigurarlo. En esta obrita, más que en cualquier otra, el contexto ayuda a leer entre líneas.

41. MANTILLA PINEDA, *Maquiavelo o el iniciador de la ciencia política moderna*. Revista de Estudios Políticos. (Madrid) (151): 1967. pag. 19

42. BURCKHARDT, *Op. Cit.* pag. 59

43. *Ibidem*, pag. 139

"2. Maquiavelo escribió su libro en una época singularmente difícil y para ella. Mirando su contenido por este prisma histórico, purgado de extemporaneidades, es como lo entenderemos en una forma cabal. Los estudiosos de Maquiavelo, especialmente los latinos, no han insistido lo suficiente en este punto" (44).

"Bajo todos los conceptos se ha examinado a Maquiavelo sin poder llegar a un juicio generalmente aceptado —nos dice Luis Navarro—, porque los críticos, aun los más competentes, lo estudiaron y estudian atendiendo sólo a alguno de los múltiples aspectos que presenta. Quién ha buscado la explicación del enigma en el estudio de su época; quién en el carácter del hombre; quién se ha limitado al examen de sus obras y en éstas sólo ha visto al republicano o al monárquico; quién ha atendido sólo a la cuestión política; quién sólo a la cuestión moral, y bajo cualquiera de estos aspectos que se le estudie, sin tener en cuenta los demás, la fisonomía del autor de *El Príncipe* se altera y su verdadero carácter queda inexplicable e incomprensible" (45).

3.1 ANALISIS POLITICO

Maquiavelo ante todo es el fundador de la ciencia política moderna. "Antes y después de él se puede hablar en la cultura occidental de filosofía política —escribe Mantilla— pero sólo después de él de ciencia política. . . La ciencia política moderna no es una continuación de la Política, de Aristóteles, ni de las glosas de sus comentadores, sino un nuevo producto intelectual, cuya fuente cristalina es la observación de los hechos vividos y de las instituciones políticas vigentes. . . Aunque la gloria de haber iniciado la ciencia política moderna no le pertenece exclusivamente a Maquiavelo, ya que cerca a él laboraba calladamente el espíritu analítico y objetivo de su coetáneo y coterráneo Francisco Guicciardini" (46).

El aporte personal de Maquiavelo a la ciencia política consiste en que, al mismo objeto, vale decir el hecho político concreto, lo cual ya venía desde la antigüedad, le aplicó el método nuevo, totalmente nuevo, es decir, el camino de la historia y el de su experiencia, o sea el método inductivo incompleto de observación histórica y psicológica, que consiste en que a partir de varios casos concretos llega a conclusiones generales, válidas para adquirir, conservar y extender el poder político. "Así como la dinámica de Galileo —al sentir de Cassirer— vino a ser el fundamento de nuestra moderna ciencia de la naturaleza, así abrió Maquiavelo un nuevo camino para la ciencia política" (47).

44. VALENCIA RESTREPO, Hernán. Análisis de "El Príncipe". Revista Estudios de Derecho. Universidad de Antioquia (Medellín) (78): 1970 pag. 508

45. NAVARRO, Op. Cit. pag. 453

46. MANTILLA PINEDA, Maquiavelo o el iniciador. . . , Op. Cit. pag. 5

47. CASSIRER, O. Cit. pag. 156

La ciencia política se distingue de la filosofía política, pues esta última estudia es el deber ser de la política, esto es, estados ideales que sólo han existido en las abstractas mentes de sus creadores y que no se compadecen con la realidad fáctica. "Antes del Secretario Florentino —anota Hernán Valencia—, muerto en 1527, había únicamente filosofía política y no existía ciencia política. Después de él, aparece la ciencia política como tal, pero la filosofía política pre-moderna siguió su existencia normal, como pueden testimoniarlo la "Utopía" de Tomás Moro, muerto en 1539 y la 'Ciudad del Sol' de Tomás Campanella, muerto en 1639, obras que calcan el modelo platónico de 'La República'. Con Hobbes y no más que con él, muerto en 1679, se lleva a cabo el rompimiento con la tradición de la filosofía política. Aparece entonces, la filosofía política moderna y queda definitivamente ratificada la ciencia política maquiaveliana" (48).

Maquiavelo separó la ciencia política de las disciplinas a las cuales se encontraba hasta el momento ligada y la restableció a sus auténticos dominios: el hecho humano de poder, que es un hecho social como que el hombre es un ente social. En las épocas recientes este enfoque sociológico de la política ha tenido alguna acogida en tratadistas como Catlin(49), para quien sociología política y ciencia política son términos sinónimos, y aun Marcuse (50), que va más lejos, identificando la política y la sociología con la psicología.

Es justamente este aporte de Maquiavelo, es decir, el de otorgarle autonomía a la política, el que ha partido en dos la historia de la ciencia política.

"El gran descubrimiento con el que Maquiavelo imprime nuevo rumbo a la historia del espíritu occidental, consiste en el descubrimiento de la autonomía del pensar político. . . Este descubrimiento sólo puede compararse con la hazaña de Copérnico" (51)., al decir de Hauser. Y Meinecke agrega que "fue esta la grandiosa unilateralidad con la cual todos y cada uno de los diversos campos de la vida conquistaron poco a poco autonomía y libertad de movimientos, fuente de una inesperada productividad tras el declinar de la cultura unitaria del medioevo" (52).

Maquiavelo sienta así las bases del estado moderno, adelantándose dos siglos

-
48. VALENCIA RESTREPO, Hernán. Tomás Hobbes, fundador de la filosofía política moderna. Tesis de Derecho. Medellín, Universidad de Antioquia, 1974. pag. 357
 49. CATLIN, George E. G. Historia de los filósofos políticos. Ediciones Peuser. Buenos Aires, 1956. pag. 225
 50. Vid. MARCUSE, Herbert. Eros y Civilización. Ed. Seix Barral, S. A. Barcelona, 1968. pag. 8
 51. HAUSER, Arnold. El Manierismo, crisis del Renacimiento. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1971. pag. 188
 52. MEINECKE, Friedrich. La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1959. pag. 23

a la aparición del estado liberal burgués, al prescindir de explicaciones religiosas o míticas para efectos de analizar esas relaciones de poder, y recurrir, por tanto, al entendimiento real de estos fenómenos: la lucha de diferentes humanos por el poder. Como bien lo señala Cassirer, "lo que ya existía de facto adquiere, desde entonces, existencia de iure. Es decir, el estado moderno ha encontrado su definitiva legitimación teórica" (53). "La vida política —dice Croce— es transferida de la oscuridad de la práctica y de la perplejidad de los juicios a la luminosidad de la teoría" (54).

¶ Maquiavelo entonces divorcia de la política la moral y aun la religión y, sin parar mientes en ningún tipo de prejuicios, ve las cosas desde el punto de vista de la eficacia, de suerte que pasa a describir los hechos políticos en forma independiente y objetiva, esto es, tal y como son, llamándolos por su nombre, con un crudo pero necesario realismo. "Dejando, pues, a un lado las cosas imaginarias acerca de un príncipe —escribe Maquiavelo en *El Príncipe*—, y hablando de las que son verdaderas. . ." (55). Para Maquiavelo lo extrapolítico, lo metapolítico, lo que está fuera de lo político no debe ser ya objeto de las meditaciones de los espíritus científicos; la política tiene por fin sus propios principios y valores.

¶ Maquiavelo introduce el estudio del Poder como esencia de la política. Hasta Maquiavelo, y desde la antigüedad, los escritores políticos tenían un tema central: el fin del estado. "El poder político —anota Ebenstein— se consideraba sólo como un medio, un medio al servicio de altos fines, tales como la justicia, la buena vida, la libertad o Dios. Maquiavelo ignora el fin del Estado en términos extrapolíticos. Cree que el poder es un fin en sí mismo y limita sus investigaciones a los medios que son los que mejor se adaptan a adquirir, a retener y a extender el poder" (56).

Y en efecto, para Maquiavelo el fin político no es otro que el poder. Es que manejar el poder es una tarea formidable, sostiene Maurice Joly (57).. Duverger (58) por su parte, dedica largos discursos de su obra política al análisis del poder. Es que el poder es como la libido de la política. Maquiavelo jamás se preocupó por los fines del Estado, era lo que desde Platón hasta sus días se trataba en los

53. CASSIRER, Op. Cit. pag. 166

54. CROCE, Benedetto. *Elementos de Política*. Ed. Laterza, Bari, 1925, pag. 59

55. MAQUIAVELO, Nicolás. *El Príncipe*. Edición de Angeles Cardona de Gibert, Op. Cit. pag. 143

56. Cfr. EBENSTEIN, Op. Cit. pag. 341

57. JOLY, Maurice. *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*. Ed. Seix Barral, S. A. Barcelona, 1977. pag. 224

58. Vid. DUVERGER, Maurice. *Instituciones Políticas y Derecho Constitucional*. Fondo de Cultura Económica. México, 1978. pag. 25 - 36

estudios políticos, ni se interesó tampoco por las instituciones políticas, sino que siempre se obsesionó por la dinámica del poder, por la lucha vital de los hombres para conquistarlo, con un realismo político insuperable y con una fascinación personal desbordante. Para Maquiavelo, el poder, es decir el fenómeno social consistente en la sujeción de la mayoría por una minoría o por uno sólo, era ante todo, y sobre todo, un hecho secular, terrenal, que no tenía nada de religioso ni de metafísico. "Su experiencia le ha enseñado que el Poder —siguiendo a Cassirer—, el verdadero y efectivo poder político, no tiene nada de divino. . . Pensar que el poder. . . venía de Dios era no solamente absurdo, sino además, blasfemo (59). Y al decir de Meinecke, "intemporal y general es el egoísmo, el impulso por el poder, el instinto de conservación de los estados, el interés estatal; cambiantes, singulares e individuales, los intereses concretos"(60).

⁴Otro aporte significativo de Maquiavelo, y en parte también de Guicciardini, es sin duda la noción de la Razón de Estado, según la cual, el Estado, en momentos en que vea comprometida su supervivencia, puede recurrir a cualquier medio útil para conservarse, sea legítimo o ilegítimo. Es como la legítima defensa consagrada implícitamente para los estados. Maquiavelo nos habla de ella, en especial, en el famosísimo pasaje del capítulo XVIII de *El Príncipe*, donde afirma que "a menudo se ve obligado (el príncipe), para conservar el estado, a obrar contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión" (61). La justificación de esta doctrina es tan evidente y su práctica tan reiterada, que lo dicho por Maquiavelo basta per se para darla por valedera. El poder, nada más el poder, es un fin en sí mismo; él mismo es su última "ratio". La expresión "Ragión di stato" no es de Maquiavelo pero sí su contenido. La Razón de Estado es el reconocimiento de sí mismo; es permitirse, incluso obligarse, a realizar ciertos actos indispensables para la conservación del poder, que en otros códigos diferentes al político podrían considerarse como crímenes atroces, como immoralidades perniciosas, como pecados mortales. Con todo, se ha exagerado la crítica en la apreciación de ésta y algunas otras tesis de Maquiavelo. En realidad Maquiavelo nunca fue extremista ni radical como algunos lo han querido presentar, y más bien, como se verá más adelante, cada idea suya debe entenderse como parte de un todo que persigue con desespero la independencia de una nación invadida y humillada.

Igualmente es importante resaltar las contribuciones de Maquiavelo en materia militar: fue el primero en abogar por una milicia nacional, en oposición a las llamadas tropas auxiliares, mercenarias y mixtas, principio éste que posteriormente todos los estados acogieron, hasta redundar en nuestros días en una institución básica por naturaleza. En efecto, Maquiavelo escribe: "es necesario a un príncipe proveerse de ejércitos propios" (62).

59. CASSIRER, Op. Cit. pag. 162

60. MEINECKE, Op. Cit. pag. 18

61. MAQUIAVELO, *El Príncipe*. Op. Cit. pag. 153

62. *Ibidem*, pag. 184

De otro lado, Maquiavelo distingue en *El Príncipe* dos formas de gobierno, que son: La República y el Principado, siendo la primera forma más democrática y participativa que la segunda. Pero en los discursos sobre la primera década de Tito Livio hace una división diferente y más completa, pues al fin de cuentas ese es el tema central del libro, fruto de un trabajo más prolongado. Maquiavelo se inclina en *El Príncipe* por la teoría dualista de las formas de gobierno: la forma legal y autoritaria; abandona la clasificación aristotélica que las divide en tres formas de gobierno buenas y en tres malas, respectivamente, según el número de personas que intervienen en él, y el interés de ellas, prefiriendo Aristóteles la forma de gobierno aristocrática, cuando escribe: "Así, pues, cuando toda una raza o aunque sea un individuo cualquiera, sobresale mostrando una virtud de tal manera superior. . . entonces es justo que esta raza sea elevada al reinado, al supremo poder. . ." (63). La clasificación de Maquiavelo, siendo más simple, coincide al informarse por ese mismo espíritu de casta.

La forma legal o constitucional de gobierno, expuesta a espacio en los Discursos, se caracteriza porque el gobernante respeta las libertades individuales y los derechos de los ciudadanos. Esta forma de gobierno cobija tanto a la República —gobierno de varios—, como a la democracia —gobierno de la mayoría—.

La forma Autoritaria de gobierno, o principado, consiste en el mandato personal e ilimitado del soberano, y es expuesta y desarrollada en *El Príncipe*. Se asemeja más a la monarquía —gobierno de uno en la clasificación aristotélica—. Los principados son de dos clases, según Maquiavelo: "Hereditarios o adquiridos" (64). Pero Maquiavelo enfatizó en los principados nuevos, porque estaba interesado en la formación del nuevo Estado Italiano, pasión de su vida, lo cual sólo sería posible bajo el dominio de un nuevo superhombre todopoderoso, que él vio en otro tiempo en César Borgia y luego en la Casa de los Médicis. Otro príncipe nuevo, también citado por Maquiavelo, sería Fernando de Aragón. Por ello ha escrito Ortega y Gasset, aunque exagerando las cosas, que "El Príncipe es, en rigor, una meditación sobre lo que hicieron Fernando el Católico y César Borgia. Maquiavelismo es principalmente el comentario intelectual de un italiano a los hechos de dos españoles" (65). Maquiavelo no disimula su interés en *El Príncipe* por los principados nuevos. Es el nuevo poder, el nuevo estado moderno lo que realmente le interesaba. "Maquiavelo no defiende el despotismo, sino la histórica necesidad del despotismo en determinadas condiciones sociales y la Europa de su época le ofrecía una demostración incontestable" (66), escribe Luis Navarro.

Empero, si nos preguntamos por la íntima convicción de Maquiavelo, al amparo

63. ARISTOTELES. *La Política*. Ediciones Universales. Bogotá, 1981. pag. 118

64. MAQUIAVELO, *El Príncipe*. Op. Cit. pag. 91

65. ORTEGA Y GASSET, José. *España Invertebrada*. Obras Completas 2a. ed. Revista de Occidente. Madrid, 1950. pag. 64

66. NAVARRO, Op. Cit. pag. 452

de lo anterior, tenemos que respondernos, en honor a la verdad, que Maquiavelo era republicano. Si bien es cierto que en *El Príncipe* se nos muestra proclive a la forma autoritaria de gobierno, es también lo cierto que en esa obra esa era la única posibilidad, por comportar ella un llamado desesperado al que uniría a la nación. "Quería la libertad y la igualdad ante la ley —al decir de Luis Navarro—, y la intervención en el poder de todas las clases del estado; pero ante todo, y sobre todo, quería la unidad nacional italiana" (67). Con todo, Maquiavelo era republicano. "Su convicción republicana —siguiendo a Renaudet—, bebe primero en las fuentes de una tradición comunal y florentina, Maquiavelo permanece ligado a las instituciones, a las leyes, a las asambleas, a las magistraturas de la ciudad; estas instituciones, mediante algunos retoques, le parecen en conjunto suficientes para asegurar las libertades del ciudadano; es decir, el derecho esencial de no ser regido más que por leyes libremente debatidas. . . En apoyo de su convicción, Maquiavelo invoca la tradición consular de Roma: tradición de escuela llegada a él por los libros y por la escuela" (68). Que Maquiavelo es republicano se descubre también a raíz de su elección por esta forma de gobierno en los Discursos, obra ésta que le tomó muchos años de dedicación y que interrumpió momentáneamente para escribir *El Príncipe* con una específica y coyuntural motivación, pero que no obedece, como aquella, a su auténtica visión del mundo.

Maquiavelo era, contrariamente a la impresión que popularmente se tiene de él, prudente y moderado; no era extremista, como todos aquellos personajes que la historia, con o sin razón, ha llamado "maquiavélicos": Alejandro VI, Enrique VIII, Carlos V, Lutero, Richelieu, Luis XIV, Napoleón, Marx, Nietzsche, Freud, Mussolini, Hitler, Stalin y una pléyade, que no caterva, de hombres que por formación o comportamiento han sido así tildados por la crítica, que, no en vano es decirlo, han leído a Maquiavelo "a las carreras", hasta desfigurar su imagen, y hoy vemos con dolor el término "maquiavélico" traducido a todas las lenguas cultas del mundo como sinónimo de malo, satánico, inescrupuloso, perverso, etc. En *El Príncipe* se leen estas líneas: "Sin embargo, no se puede llamar valor a matar a sus conciudadanos, traicionar a los amigos, y carecer de fe, de humanidad y de religión; estos medios pueden llevar a adquirir el imperio, pero no la gloria" (69). Y en los Discursos escrito está que "es digno de censura la violencia destructiva, no la violencia que reconstruye" (70). En honor a la verdad, en más de un pasaje, como vemos, Maquiavelo* aconseja a los gobernantes la templanza, y que no sean inútilmente crueles y arrogantes; aconseja también el dudar de todo, anticipándose a Descartes, pues su escepticismo racional, su horror a las

67. *Ibidem*, pag. 37

68. RENAUDET, Op. Cit. pag. 41

69. MAQUIAVELO, *El Príncipe*. Op. Cit. pag. 119

70. MAQUIAVELO, *Los Discursos*. Op. Cit. I, 9

* Ver por ejemplo *El Príncipe*, Capítulos VII, XVII, XIX y en *Los Discursos* el capítulo IV.

panaceas, a los curalotodo, su moderación y relativismo así lo inclinaban a pensar. Maquiavelo "no inventó el 'maquiavelismo' —dice Hauser—, esto es, la separación de la política y los ideales cristianos; cualquier pequeño príncipe renacentista era ya un maquiavélico nato" (71). Resulta entonces paradójico que los llamados "maquiavélicos" sean más maquiavélicos que el propio Maquiavelo. Es que Maquiavelo, el verdadero Maquiavelo, no es en modo alguno maquiavélico. Lo son acaso más sus detractores. Con razón no es gratuito aquel dicho que reza: "Maquiavelo es alguien que todo el mundo cita pero que nadie lee".

De otra parte, Maquiavelo no era adicto al estudio de las instituciones políticas, ni por todo aquello que hasta entonces se solía tratar en las reflexiones políticas, sino que le obsesionaba el estudio de la dinámica del poder ilegítimo, a la sazón muy en boga. Al amparo de lo anterior, a Maquiavelo le seducía el crimen "elegante"; pero dejemos que sean las palabras de Ebenstein las que nos relaten esto: "Maquiavelo, pues, no inventa el asesinato político, la traición y el fraude. Antes de él estos crímenes se cometían de facto y no se intentaba integrarlos en un mundo moral propio. . . Lo bueno y lo malo quedan, pues, reducidos de lo absoluto a categorías relativas. . . En este sentido el uso del veneno puede decirse que es 'bueno' si lleva a cabo un buen trabajo eliminando a un oponente político. . . Según el estilo típico del Renacimiento, Maquiavelo ve una cierta 'grandeza' en los crímenes elegantes y magníficos. . . La actitud de Maquiavelo hacia los Borgia sirve de ejemplo para sus conceptos más abstractos" (72). Y Chevallier agrega que "se ha reconocido que las grandes fieras del Renacimiento italiano, los Borgia, un Benvenuto Cellini, no eran peores que otras de que la historia habla menos, sino capaces de más bellos crímenes (pues esta noción del bello crimen, de la estética en el crimen, viene del Renacimiento)" (73).

En el juego de los intereses políticos, Maquiavelo siempre distinguió entre gobernantes y gobernados, quienes en forma delimitada y específica eran sujetos activos o pasivos, respectivamente, de las relaciones de poder. Su reiterada referencia a César Borgia, cuyo frío, calculador y efectivo estilo de gobernar le encantaba, revela a las claras su interés por este tipo de gobernante. Con todo, Maquiavelo era, como vimos más arriba, republicano. "Porque el fin del pueblo —escribe él— es más honrado que el de los grandes queriendo éstos oprimir y aquél no ser oprimido" (74). Dentro del tipo gobernante estarían incluidos, escribe Burnham, "no sólo aquellos que en todo momento ocupan los puestos más importantes en la sociedad, sino también los que aspiran a alcanzar esas posiciones o que podrían aspirar a ellas si se les brindara la ocasión; el segundo tipo (los gobernados) está compuesto por aquellos que no gobiernan ni son capaces de gobernar. Estos

71. HAUSER, Op. Cit. pag. 195

72. EBENSTEIN, Op. Cit. pag. 343

73. CHEVALLIER, Op. Cit. pag. 5

74. MAQUIAVELO, El Príncipe, Op. Cit. pag. 123

últimos constituyen la gran mayoría (75). Y en realidad, este hecho tiene plena validez en materia política. En este siglo esta doctrina ha tenido un gran desarrollo, en especial con las tesis de las "élites del poder", según se verá más adelante.

En lo concerniente a la relación entre la política y la religión, Maquiavelo no duda en señalar la independencia y supremacía de la primera. Sin embargo, su actitud frente a la religión dista de ser negativa, como algunos creen. Es que el error en los juicios sobre Maquiavelo estriba en que confunden los puntos de vista desde los cuales se le podría estudiar, esto es, que allí donde el Secretario Florentino quiso decir las cosas políticas tal cual son, con indiferencia axiológica y con un código específico, allí mismo han arreciado los asertos de monjes y moralistas.

En este punto es preciso hilar delgadito para no pasar por incautos, como más de un temerario crítico lo ha hecho en sus "fantasmagóricas" diatribas que no se compadecen con la realidad, lo que comporta, ni más ni menos, exteriorizaciones a todas luces improcedentes. Maquiavelo no teorizó sobre la religión en cuanto tal, pues él no era teólogo; cuando hablaba de ella lo hacía única y exclusivamente en cuanto tuviera incidencia en la vida política, y desde esta clave, sólo desde esta clave, puede ser evaluado en tratándose de ciencia política. Si un teólogo, haciendo teología, sostiene que Maquiavelo era anticlerical, está en lo cierto; pero si un político, haciendo o intentando hacer ciencia política, afirma que Maquiavelo comete pecados mortales, incurre en un garrafal error.

¶ Así las cosas, la religión era para Maquiavelo* un utensilio de control y de influencia en manos de gobernantes; era mero instrumento de dominio político, pues le ayuda al gobernante a mantener el pueblo bien conducido y unido. Además, Maquiavelo critica a la cristiandad porque "nuestra religión, en vez de héroes canoniza solamente a los mansos y a los humildes" (76), constituyéndose así en un verdadero présago de Nietzsche. Respecto a la Iglesia, Maquiavelo hace dos acusaciones principales: "A la Iglesia de Roma y a sus sacerdotes debemos los italianos el habernos vuelto malos e irreligiosos. Y todavía tenemos otra deuda mayor, la cual será la causa de nuestra ruína, a saber, que la Iglesia ha venido manteniendo y mantiene todavía dividido a nuestro país" (77). Algunos autores han sostenido incluso que Maquiavelo no era irreligioso. Hauser, por ejemplo, dice que "el Renacimiento fue anticlerical, antiescolástico y antiascético mas no totalmente incrédulo; la espiritualidad e interioridad medievales pasan a un buen segundo plano pero no desaparecen" (78). Y Sforza afirma que "Maquiavelo era

75. BURNHAM, Op. Cit. pag. 71

* Ver por ejemplo Los Discursos I, 2

76. Cfr. MAQUIAVELO, Discursos, Op. Cit. II, 2

77. Ibídem, I, 12

78. HAUSER, Op. Cit. pag. 348

religioso inclusive cuando trataba de ser únicamente racional y experimental" (79). Es que en verdad ¿qué otra cosa puede esperarse de un cristiano cuyo guía espiritual es el Papa Alejandro VI? El novelesco Prezzolini es más gráfico para referirse a la religión de entonces, al contarnos esta anécdota: "Un judío que llegó a Roma se convirtió. Le preguntaron la razón, contestó: Si esta religión puede durar en medio de esta vergüenza, quiere decir que es divina" (80).

Maquiavelo abandona toda fundamentación teológica para explicar fenómenos absolutamente terrenales, como el poder por ejemplo, y se acoge más bien a una sencilla combinación de conceptos renacentistas, tales como "la fuerza, la virtud, la fortuna y la necesidad", así como "la ocasión y la fama", los cuales concurren en la lucha por el poder y en la vida del estado.

Otro aporte es la noción de "ideología", que tanta importancia tiene en nuestros días. "Tanto Marx como Kant —anota Hauser—, lo mismo que todos los demás pensadores que participan en el desarrollo de esta noción, tienen como antepasado espiritual a Maquiavelo, y no sólo porque éste fue quien primero descubrió que había más de un orden de valores morales, sino porque Maquiavelo echó de ver ya que las valoraciones se rigen por la posición social y los fines políticos del sujeto que valora" (81).

Para Maquiavelo la ideología no reviste aún el carácter clasista, pero en su tiempo ya citaba el adagio "en la plazuela se piensa de un modo y de otro en los palacios" (82).

Otra contribución de Maquiavelo (83) que ha pasado desapercibida a los ojos de los críticos y que refuerza lo dicho sobre sus inclinaciones republicanas, es la de constituirse en uno de los precursores doctrinarios de los cuerpos consultivos del gobernante, cuando recomienda a éste dejarse aconsejar por un grupo de personas prudentes.

• Nicolás Maquiavelo ya conocía lo que hoy entendemos como el cuarto poder: la opinión pública. Aconsejaba al príncipe cuidar su reputación. Sabía que la opinión popular era maleable, sensible a la fuerza y fácil de engañar. Hoy, merced a los mass media, este poder es de una magnitud insospechable.

79. SFORZA, Conde Carlo. El pensamiento vivo de Maquiavelo. Editorial Lozada. Buenos Aires, 1945. pag. 23

80. PREZZOLINI, Giuseppe. Nicolás Maquiavelo. Ediciones Ultra. Santiago de Chile, 1938. pag. 30

81. HAUSER, Op. Cit. pag. 204

82. Véase ALTHUSSER, Louis. Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Revista Octubre. Colombia, 1970, pags. 13 - 72

83. MAQUIAVELO, El Príncipe, Op. Cit. pag. 174

Para terminar este análisis político es necesario hacer una apología de Maquiavelo, lo cual constituye la esencia de este discurso. En efecto, Maquiavelo ha sido injustamente calumniado por algunos torpes críticos que a través de los tiempos han intentado —sin fortuna— estudiarlo. Maquiavelo quiso ver las cosas desde cierto punto de vista, el estrictamente político, y fue censurado desde otros puntos de vista muy distintos. Maquiavelo y sus detractores no hablan el mismo idioma; mientras que aquél intentó depurar la política, éstos lo llamaron inoral e irreligioso; mientras que aquél quiso estar más allá del bien y el mal, estos míopes no lograban abandonar estos parámetros, lo que no se compadece con el deseo de entablar una comunicación científica. Se han violado las más elementales normas de hermenéutica, al querer interpretar una misma cosa desde ángulos diversos al real. Todos sabemos que Maquiavelo tiene la razón, pero la mayoría se resiste a concedérsela, inmersos en un acientifismo, en un desatino, en una sinrazón. Les parece muy cruda tanta frialdad, les parece inmoral el registrar lo real e inhumano el desvelar lo humano, allí donde Maquiavelo se asoma a las profundidades del alma de los hombres, con ese espíritu penetrante que todos alaban pero pocos poseen.

3.2 ANALISIS MORAL

Para analizar moralmente a El Príncipe es necesario hacerlo al amparo de la época: El Renacimiento, esto es, allí donde el anticlericalismo, el libertinaje, la vida silenciosa y todo otro vicio de esta jaez reinaban aun en las esferas religiosas, de tal suerte que el libro se informa de estos valores, lo que es necesario considerar para el caso de marras. Maquiavelo, pues, no crea estos valores, los asume; no los inventa, los observa; ni siquiera los practica, los escribe; Maquiavelo no califica, registra. Si a Maquiavelo se le toma en términos absolutos y sin consideración al momento histórico, “cesa la posibilidad de toda discusión y se consigue fácil victoria contra un monstruo que sólo existe en la imaginación del crítico”(84), escribe Luis Navarro.

Pero antes de incursionar en este espinoso tema, el más difícil y controvertido, es preciso hacer una importantísima aclaración: desde el punto de vista de la ETICA, todo acontecer consciente en la mente de una persona, sea exteriorizado o no, es susceptible de una valoración moral porque el hombre es un ser con dignidad por naturaleza, esto es, que tiene o debe tener unos principios rectores de su conducta individual. Pero desde el punto de vista de la CIENCIA POLITICA, y ésta es la piedra de toque del presente ensayo, debe aclararse el papel que juega ese siempre existente juicio ético en la lucha por el poder político: Ninguno. Y esta aclaración, esta indiferencia axiológica se le ha pasado por alto a los críticos. Con razón los escolásticos acuñaron esta frase: “distinguid y no discutiréis”.

Así las cosas, entremos en materia, es decir, ubiquémonos en la perspectiva exclusiva de la moral. Para efectos expositivos, veremos, en primer lugar, qué diría

84. NAVARRO, Op. Cit. pag. 450

cada sistema ético de El Príncipe, y en segundo lugar, por el contrario, qué posiciones éticas se ha asumido a partir de El Príncipe. Existen otras clasificaciones, como la traída por Prelot (85), que no son del caso analizar.

En cuanto a los sistemas éticos que se han dado a través de la historia, resulta obvio que el de Platón, que se basa en la justicia; el de Aristóteles, que se fundamenta en la felicidad que proporciona la virtud; el de Epicuro, en el placer (aunque no tan palmariamente); el de Epícteto, en la aceptación (más fatalista), y el de Santo Tomás de Aquino, en la ley natural, rechazan, ora absolutamente, ora relativamente, a El Príncipe por oponerse a sus postulados. Pero ya a la luz del sistema ético de Hobbes, que se sustenta básicamente en el egoísmo y en una visión pesimista del hombre —quien se encuentra en un estado de guerra contra todos—, se nota una estrecha relación con Maquiavelo; ambos son también empíricos y positivistas y, aunque Hobbes (86) hace más filosofía política que ciencia política, coinciden en depositar poderes ilimitados al gobernante príncipesco, sin considerar prejuicios moralistas. En cuanto al sistema de Kant, del deber por el deber, es también ostensible que no se compadece con las tesis de El Príncipe, quien no tiene otro deber que el de conservar el poder. Frente al sistema de Stuart Mill, que bebe en las solas fuentes de la utilidad, la relación es aparente, pues mientras que éste la subordina a la felicidad, Maquiavelo lo hace frente al poder. Veamos finalmente al potente pensador de Sils-María y su relación con el exiliado en San Casciano.

Nietzsche (llamado por su descendiente espiritual pero coterráneo nuestro, el Maestro Fernando González*, en su tesis de grado “el exponente más genuino del individualismo”) levanta su sistema ético sobre las bases de la espontaneidad biológica y lo edifica en las murallas de la voluntad de Dominio de superhombre (87); su acercamiento a Maquiavelo es, entonces, evidente. “Lo que me es perjudicial a mí, es perjudicial en sí” (88), escribe Nietzsche, quien agrega, evocando también las más puras ideas de El Príncipe, que los Amos deben “permanecer dueños de nuestras cuatro virtudes: el valor, la lucidez, la simpatía, la soledad” (89); además, la Moral de Señores evoca también el estilo del típico ídolo maquiaveliano, el mismo espíritu penetrante, el mismo hombre iniciado en lo trascendente, como César Borgia, a quien incluso el filósofo alemán cita: “Percibo una

85. PRELOT, Marcel. Historia de las ideas políticas. Ed. La Ley. Buenos Aires, 1971. pag. 251

86. Cfr. VALENCIA RESTREPO, Tomás Hobbes. . ., Op. Cit. pag. 295 - 399

* Véase la breve y original tesis de derecho del Maestro Fernando González, en la Universidad de Antioquia. 1917. El filósofo Envigadeño nunca disimuló en sus obras una influencia del potente pensador de Sils-María.

87. NIETZSCHE, Op. Cit. pags. 219 y ss.

88. Ibidem, pag. 224

89. Ibidem, pag. 246

posibilidad henchida de infalible encanto y sugestión: Dijérase que rutila con todos los estremecimientos de refinada belleza; que opera en ella un arte tan divino, tan diabólicamente divino, que en vano se recorren milenios en busca de otra posibilidad semejante. . . : Cesare Borgia como Papa”(90). La ausencia de consideraciones morales del superhombre y la admisión de todos los medios necesarios para éste imponerse y conquistarlo todo, acercan, como ninguno de los anteriores, a Nietzsche con Maquiavelo. “Con Nietzsche, el maquiavelismo descubre un universo —anota George Uscatescu—, que más que al Secretario Florentino pertenece a Savonarola, el profeta desarmado de su tiempo: al nihilismo” (91); y el mismo autor añade que así habló Zaratustra y la Voluntad de Poder se encuentran en el último capítulo de *El Príncipe*, ambos momentos reunidos en una plenitud platónica de la idea del poder: su valor y su orientación valorativa*.

Y en segundo lugar, las posiciones morales que ha suscitado *El Príncipe* las podemos clasificar en tres grupos: las que lo califican de moral, de inmoral y de amoral. Veamos:

Un primer grupo, un poco audaz, sostiene que las máximas consagradas en *El Príncipe* son morales, vale decir, que no riñen con los más elementales principios de la conducta humana, pues el juicio ético no debe ser ajeno a las circunstancias históricas concretas en las cuales está inmersa una doctrina, y como *El Príncipe*, para los valores a la sazón existentes resulta perfectamente moral, normal “bueno”, casi religioso. El libro fue escrito en circunstancias históricas anormales y para ellas mismas. “Y cuando apremiado por su fin —dice Crossman— propone ciertos medios, no pocas veces se interrumpe, protesta, casi tiene aire de pedirnos excusa y de decirnos: Mirad que estamos en tiempos corrompidos; y si los medios son éstos y el mundo está hecho de tal modo, la culpa no es mía” (92). Sforza (93) también es de este sentir. Y en realidad, si el maquiavelismo significa engaño o hipocresía, entonces Maquiavelo no fue un maquiavélico. Nunca fue un hipócrita, anota por su parte Cassirer (94). Más bien el maquiavelismo nace cuando Maquiavelo muere, predicando en coro los seguidores de esta posición.

90. NIETZSCHE, Friedrich. *El Anticristo*. Publicaciones Prisma. Medellín, pag. 92

91. USCATESCU, George. *Maquiavelo y la pasión del poder*. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1969. pag. 55.

* *Ibidem*, pag. 66. Se puede profundizar este tema, además de *El Príncipe* y de *Así habla Zaratustra*, por supuesto, en los agudos analistas de Nietzsche: Eugen Finck y Bataille.

92. CROSSMAN, R.H.S. *Biografía del Estado Moderno*. Fondo de Cultura Económica. México, 1965. pag. 108

93. Ver SFORZA, *Op. Cit.* pag. 23

94. CASSIRER, *Op. Cit.* pag. 181

Un segundo grupo, quizás el de mayor número de adeptos, afirma que El Príncipe es un libro abiertamente inmoral, pues no todos los medios que el gobernante emplee para adquirir, conservar o extender el poder son buenos per se, sino que deben ser objeto de una valoración moral, como quiera que ellos son actos humanos, y sólo después de ese examen podría predicarse eventualmente la "bondad" de un medio; pero afirmar olímpicamente que un medio es bueno en forma a priori, es algo inmoral, inaceptable, casi perverso. Este es el sentir, por ejemplo, de los críticos religiosos, ascetas y moralistas. La concepción nada optimista que del hombre tenía Maquiavelo y la consiguiente necesidad del gobernante de manipularlo, pues el hombre es incapaz de ser libre, se opone verticalmente a los altos ideales de libertad, justicia y participación que esta corriente predica.

Y un tercer grupo, algo más progresista, pregona por la amoralidad de El Príncipe, pues es un libro que está por encima de lo bueno y de lo malo, lo que comporta lo improcedente de un juicio ético. De este sentir es, entre otros, Cassirer, quien dice que "El Príncipe no es un libro moral ni inmoral: es, simplemente, un libro técnico" (95). Y Chevallier complementa afirmando que Maquiavelo "no niega el mal ni el bien, pero los confina en su propio campo y los expulsa de la política" (96). "Maquiavelo no trata nunca de disculpar o cohonestar el mal moral —anota Hauser por su parte—; en ningún lugar afirma que el mal, cualquiera que fueren las circunstancias, sea algo bueno, o que el éxito lo justifique. Lo único que dice es que el éxito político es el solo criterio para juzgar de lo acertado del obrar político"(97).

Hasta aquí el análisis moral; tome cada uno la posición que le parezca. En cuanto al papel de ese análisis moral en materia de ciencia política pura, quintaesencia de este ensayo, es necesario prescindir, en este orden de ideas, de ese análisis en El Príncipe, ya que éste es un escrito político sobre una ciencia singular: La política. El mismo Maquiavelo trata de disculparse con sus lectores, cuando escribe: ". . . del uso bueno o malo de las crueldades y la traición. Podemos llamar bien empleadas (si es lícito hablar bien del mal) a aquellas que. . ." (98). Y, en efecto, siguiendo a Gettel, "la prosperidad material era el factor más importante y decisivo de toda acción política" (99). Ya no se trata de decir que El Príncipe es moral o inmoral, ni de decir tampoco que es amoral, es decir sin moral; se trata de un libro con cierta moral —la que cada quien le asigne, según su

95. Ibídem, pag. 181

96. CHEVALLIER, Op. Cit. pag. 19

97. HAUSER, Op. Cit. pag. 199

98. MAQUIAVELO, El Príncipe, Op. Cit. pag. 121

99. GETTEL, Raymond G. Historia de las ideas políticas. Editora Nacional. 2a. Ed. México, 1959. pag 239

critério—, pero que nada importa en tratándose de hacer verdadera Ciencia Política Pura. Esa es nuestra tesis. Maquiavelo no es un tratadista de ética; jamás pensó en límites morales del gobernante, lo que, a juicio de Villari, “es el aspecto débil y falaz de su doctrina, el que hace que no simpaticemos con el autor, el que nos produce horror” (100). No es afortunada esta crítica de Villari, que de biografías sabe mucho pero de positivismo político más bien poco, pues Maquiavelo parte de una indiferencia axiológica que Villari interpreta en clave diferente. Cuando un gobernante realiza un hecho político, ese hecho puede ser estudiado por diferentes discursos: por la religión, y será entonces gracia o pecado; por la moral, y se predicará su bondad o maldad; por el derecho, y se decidirá su licitud o ilicitud, conforme al orden jurídico vigente; por los usos o convencionalismos sociales, y se dirá entonces que es cortés o descortés; y también será estudiado por la ciencia política, ya en propiedad, y se pregonará su eficacia o ineficacia, su utilidad o inutilidad, pero nunca, jamás, su inmoralidad. “Debemos juzgar el ejercicio del poder por sus efectos”, nos dice Bertrand Russell, pues es inútil “distinguir a algunas clases de poder como legítimas y a otras como ilegítimas” (101). Parece que los politólogos sufrieran de una variedad, rara y particular, de paranoia: los persigue un complejo de moralistas; qué lástima!

El error científico de las tres posiciones éticas es fácil de apreciar: los que intentando hacer Ciencia Política dicen que El Príncipe es moral o inmoral, cometen una impropiedad gnoseológica desafortunada: confunden uno y otro campo, es decir, su error estriba en la intención de hacer omnicompreensivo y único ese juicio ético para entrambas ciencias. Y el error de los amoralistas radica justamente en su antimoralismo, esto es, en el desconocer la posibilidad de la valoración moral a toda conducta consciente de un ser humano, lo que constituye un atentado contra la dignidad de la naturaleza humana. “La moral es ineliminable —anota Castillo Peraza—, es el huésped ‘aguafiestas’. . . Olvidan la realidad del hombre (los amoralistas) como hombre ‘animal moral’, que siempre busca justificaciones últimas para sus actos” (102). El juicio ético sobre El Príncipe es inevitable, siguiendo a Del Vecchio (103), porque la política es conducta humana, social e histórica, susceptible siempre de valoración ética o jurídica. Pero en tratándose de Ciencia Política, preciso es aclarar el papel que en ella juega el siempre existente juicio ético: ninguno*.

100. VILLARI, Pasquale. Maquiavelo su vida y su tiempo. Biografías Grandes. México, 1958. pag. 451

101. RUSSELL, Bertrand. El poder en los hombres y en los pueblos. Editorial Lozada, S. A. Buenos Aires, 1968. pag. 204

102. CASTILLO PERAZA, Op. Cit. pag. 80

103. Cfr. DEL VECCHIO, Giorgio. Filosofía del Derecho. 5a. ed. Ed. Bosch. Barcelona, 1947. pag. 319

* Esta noción, desarrollada también en el aparte 3.1 de este ensayo, constituye la esencia del mismo y, aunque posiblemente no es la primera vez que se sostiene, no deja de ser propia.

4. VIGENCIA DE MAQUIAVELO EN EL TIEMPO

La abominación estaba siempre mezclada con una especie de admiración y fascinación.

Cassirer

Maquiavelo es posiblemente el autor más discutido a través de los tiempos. "Detractores y defensores incurrían, sin embargo, por diversa vía en el mismo error. A los primeros bastaba denigrar el carácter de Maquiavelo para condenar sus ideas, y creían los segundos que exaltando el patriotismo y el amor a la libertad del autor de *El Príncipe*, probaban la verdad de su doctrina. La cuestión consiste en saber el valor científico de ésta: si lo escrito por Maquiavelo es verdadero o falso" (104) escribe Luis Navarro.

Maquiavelo entregó *El Príncipe* a Lorenzo de Médicis y éste al Papa León X. Se edita por primera vez en 1532 por Antonio Blado —aunque según Voltaire, se editó en 1515, pero ello no está probado (105)—. *El Príncipe* pasó a manos del Papa Clemente VII, quien autorizó su impresión, al igual que varios de sus sucesores y monarcas del momento.

Pero en 1559 la Iglesia prohibió la lectura de esta obra, y desde entonces *El Príncipe* ha sido blanco de no pocos epítetos.

El Concilio de Trento* incluyó toda la producción de Nicolás Maquiavelo en el índice de libros prohibidos. Para finales del siglo XVI, casi toda Europa condena el libro; el Padre Juan de Mariana, por ejemplo, defiende el derecho de resistencia frente al tirano, convirtiéndose en el precursor del tiranicidio, según exponemos en otro ensayo (106), aunque coincide en veces con el secretario florentino, en estilo y léxico. También en Francia Maquiavelo es criticado como consejero póstumo de Catalina de Médicis. La crítica mundial, en general, arrecia en sus asertos. La Reforma protestante condena el libro y se lo imputa a los jesuitas; éstos a su vez, lo denuncian con no menos vigor, aunque, en realidad, para entonces eran ya maquiavélicos; sostenían los jesuitas, en efecto, con San Ignacio de Loyola a la cabeza, que "el fin santifica los medios".

104. NAVARRO, Op. Cit. pag. 451 - 452

105. Vid. CARDONA DE GIBERT, en Op. Cit. pag. 45

* Realizado en 1559, como reacción a las críticas de la Reforma Protestante. El motivo de la inclusión en el índice, fueron los ataques al dogma, al magisterio eclesiástico, a la moral y a las buenas costumbres.

106. Véase CORREA HENAO, Néstor Raúl. Análisis Histórico, Político y Jurídico del derecho de resistencia. Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas. Universidad Pontificia Bolivariana. (Medellín). (52): mayo, 1981, pag. 148

En Italia Maquiavelo corrió mejor suerte; de hecho, el florentino Francesco Guicciardini, catorce años más joven que Maquiavelo, y amigo suyo, había comentado la obra de éste, criticándola por abstracta. A juicio de Guicciardini, anota Villari, "los Médicis habrían hecho mejor y se habrían comportado más inteligentemente renunciando a aquellos sueños audaces y limitándose a estudiar la forma de conservar el poder en Florencia. Siempre le reprochó el no haber visto la causa concreta de la Florencia de su época con ojos realistas (107). Guicciardini fue Maquiavélico como todos los hombres de su época, pero en la teoría fue más moderado en los asuntos de gobierno, aunque también los laicizó. El concepto de la Razón de Estado, por ejemplo, encuentra en Guicciardini una mejor y más clara fundamentación, ya que, basándose en el criterio romano de la *Salus Republicae*, sustenta mejor esta tesis, que con él es por vez primera política aplicada y doctrina al mismo tiempo. "Maquiavelo es un observador menos paciente —escribe Luis Navarro—, menos preciso, menos seguro que Guicciardini, pero tiene el don singularísimo de fijarse inmediatamente en el hecho capital entre la multitud de los que a su vista aparecen" (108).

Empieza en el siglo XVII, y la imagen del buen Maquiavelo "ha dejado su lugar a una figura sombría y satánica, aureolada por prestigios infernales" (109). La contrarreforma, en España sobre todo, se ensaña en *El Príncipe*, no tanto por Mariana, sino por todas las órdenes religiosas, pues como Maquiavelo había hablado en el capítulo XXI de Fernando El Católico, era tema obligado para todo escritor español comentar el libro, como en efecto lo hicieron el Padre Rivadeneyra*, Francisco de Quevedo, quien escribe que "los príncipes deben ser camino y no despeñadero. . . deben ser verdad y no mentira" (110); también están aquí Diego de Saavedra Fajardo, la Madre María de Jesús de Agreda y Baltasar Gracián (111), entre otros, aunque este último se acerca un poco a Maquiavelo. También Montaigne predica, por su parte, la Razón de Estado y un relativismo político como Gracián.

Pero es también en este siglo XVII cuando empiezan a surgir las primeras apologías de *El Príncipe*. Primero Bacon, creador del método experimental, defiende *El Príncipe* por su sentido práctico y por su exactitud. Bacon* sostenía que el autor de *El Príncipe* sólo quería mostrar cómo los hombres obran efectivamente,

107. VILLARI, Op. Cit. pag. 284

108. NAVARRO, Op. Cit., pag. 36

109. CHEVALLIER, Op. Cit. pag. 33

* Jesuita (1527 - 1611). Critica directamente a Maquiavelo, básicamente por lo dicho por Juan de Mariana.

110. Véase el prólogo a *El Príncipe*, en Op. Cit. pag. 49

111. *Ibidem*, pag. 50 Cfr. con las críticas de Gracián.

* Inglés (1561 - 1626)

no como deberían obrar, lo que se nos antoja un atinado comentario. Luego es Hobbes**, más pesimista que el propio Maquiavelo, al predicar "homo hominis lupus", en su estado de naturaleza, lo que es necesario solucionar mediante un contrato social que transfiera todos los derechos al soberano; constituyéndose así en un connotado maquiavelista, quizás el mejor, pues su utilitarismo político no tiene par. Maquiavelo y Hobbes escribieron libros coyunturales más importantes y famosos que los libros más trabajados y representativos del real pensamiento de ellos: El Príncipe es a los Discursos lo que el Leviatán a De Cive. Ambos autores se basaron en la historia: Maquiavelo en Roma y Hobbes en Grecia. Ambos tienen conceptos análogos y son excelentes sicólogos, siendo más experimental el primero y más teórico el segundo, pero coincidiendo en lo esencial, es decir, que el hombre es un animal ávido de poder. Y Descartes*** por su parte, padre de la filosofía metódica, no ha sido ajeno tampoco a Maquiavelo, al identificar el derecho con la voluntad del más fuerte y al coincidir en que el fin justifica los medios. Y la defensa de El Príncipe sigue engrosando filas en este siglo: Scioppio, Coringius y Juan Bautista Vico* que, aunque más idealista y moralista que Maquiavelo, es tan pesimista como éste en la concepción del hombre y sus pasiones. Harrington en Inglaterra defiende mientras que Fénelon en Francia ataca. Fóscolo a su vez, sostiene que "Maquiavelo ha develado algo". Para terminar este siglo, citemos las palabras de Chevallier, que dicen: "Pero, mientras crece, por la ley de la imitación, la ola de inventivas, los soberanos y primeros ministros, enamorados del poder, hacen de El Príncipe, breviario del absolutismo, su libro de cabecera. En 1641, Richelieu encarga al canónigo Machon una Apología en defensa de Maquiavelo" (112).

En el siglo XVIII las opiniones se dividen. Mientras que la ilustración, en términos generales, defiende El Príncipe, el idealismo alemán lo ataca en sus asertos. (Los políticos nuevamente construyen allí donde los filósofos derriban, aunque esta operación no es infalible, pues si comparamos a Bodino y Campanella con Spinoza por ejemplo, vemos que desde mucho antes no era así).

"El espíritu de ilustración burguesa —anota Meinecke— afluyó al cauce abierto por Maquiavelo. El concepto del arte político, creado por él, se amplió hasta constituir un arte del legislador que abarcaba todas las necesidades sociales y humanas en cuanto tuvieran relación con el Estado" (113). Aunque El Príncipe no fue propiamente el epicentro de las intelectuales inquietudes que la Ilustración

** Aquí remitimos, para no citar in extenso, a la cita 86.

*** Dice, por ejemplo, que "... son justos los medios de que se ha servido para elevarse al poder, como en efecto opino que lo son todos".

* VICO (1668 - 1744) se expresa por su obra *Scienza Nuova*.

112. CHEVALLIER, Op. Cit. pag. 33

113. MEINECKE, Friedric. *El historicismo y su génesis*. Fondo de Cultura Económica. México, 1943 pag. 118

tenía, se pueden rescatar, empero, algunos comentarios. Locke*, con su liberalismo optimista no gusta del libro, máxime cuando, al contrario de Maquiavelo, aboga por los derechos del gobernado, como el derecho a resistir al tirano (114). Rousseau, en cambio, defiende a El Príncipe, y agrega que "este libro, fingiendo dar lecciones a los príncipes, las ha dado muy grandes a los pueblos"(115). Con todo, el querer descubrir un sentido oculto en El Príncipe comporta un error. Voltaire y Diderot**, simpatizantes del despotismo ilustrado, una especie de confusión entre el filósofo y el monarca, no fueron, sin embargo, radicales, y permanecieron neutrales. También Montesquieu***, un iniciado sobresaliente de la Enciclopedia y del maquiavelismo, acepta con prudencia muchas tesis de la obra en mención, pero pensando siempre en las cosas de Francia; no obstante, más de un autor ha intentado ver en él un continuador perfecto del Secretario Florentino.

De este siglo es también Federico II de Prusia****, uno de los principales detractores de El Príncipe, pues se tomó la molestia de escribir un libro llamado el Antimaquiavelo, en el que refuta uno por uno, los capítulos del libro, pero, cuando posteriormente estuvo en el poder, fue paradójicamente maquiavélico como el que más.

En 1787 el duque Leopoldo de Toscana levanta en Florencia un monumento a Maquiavelo que "hoy se codea con los mausoleos de Dante, de Galileo, de Miguel Angel, de Alfieri, de Rossini. Sobre este monumento sólo hay grabada una línea: Tanto nomini nullum par elogium (no hay ningún elogio a la altura de tal nombre)" (116), siguiendo a Chevallier.

Pero Maquiavelo pierde terreno entre las filas del idealismo alemán, no obstante que Fichte había tratado de disculpar a Maquiavelo de todas las acusaciones contra él proferidas; pero es en Kant, el máximo exponente de esta corriente, donde la diatriba suple por completo al ditirambo. Kant* hunde sus raíces en un sistema ético donde el deber por el deber es la regla de conducta. Aboga por un derecho y una política que beban en las fuentes de ese sistema. Tal vez

* Véase su obra Dos Tratados de Gobierno (1690)

114. CORREA HENAO, Op. Cit. pag. 148

115. ROUSSEAU, J. J. El Contrato Social. Fondo de Cultura Económica, México, 1980. pag. 84

** Corriente de la segunda mitad del siglo XVIII, de gran acogida en Francia y Alemania. Sostienen "Todo para el pueblo, pero sin el pueblo".

*** Cfr. El espíritu de las Leyes, donde traza las bases del parlamentarismo moderno.

**** Publicó su Antimaquiavelo, en 1740

116. Cfr. CHEVALLIER, Op. Cit. pag. 34

* Véase Fundamentación de la metafísica de las costumbres, de Emmanuel Kant.

es Goethe, el sabio, elegante y sensible poeta alemán, el que miraba realmente a Maquiavelo con alguna bondad.

Luego es Napoleón, genial estratega militar pero no ideólogo, quien acoge el ideario de *El Príncipe*; fue tal la seducción experimentada, que tiene una edición de *El Príncipe* matizada con numerosas citas personales, pues Napoleón está en su elemento, aunque se ha dicho —y la duda persiste— que esas citas no son auténticas, sino de un oportunista (léase impostor). Empero, esas citas no aportan nada nuevo, esto es, carecen de toda originalidad y profundidad.

Ya en el siglo XIX, *El Príncipe* ve llegar sus mejores días, merced a los alemanes, quienes se convierten ahora en bastión del Maquiavelismo; los papeles se invierten. El siglo XIX es el siglo del remaquiavelismo teórico, pues el maquiavelismo práctico no es que retorne, sino que nunca ha desaparecido. “El poder y la voluntad de poder fueron exaltados durante el siglo XIX por autores tan distintos en cuanto a carácter y a últimas intenciones como el historiador Heinrich von Treitschke y el filósofo Friedrich Nietzsche” (117), al sentir de Arnold Brecht, y además por Hegel. En este siglo, pues, estos tres alemanes se identificaron con Maquiavelo, acogiendo sin ambages ni titubeos sus tesis más audaces; incluso va más lejos, llegando a estadios extremos.

Hegel, el filósofo alemán, de quien dice Núñez Lapeira que “es el maestro que puso los cimientos de la conciencia avanzada moderna. Todos los movimientos de hoy encuentran en Hegel algo propio. Es él enciclopedista y su dialéctica informa la existencia” (118). La relación de Hegel con Maquiavelo no es difícil de captar; sin embargo, sus ideas políticas no se ubican en su sistema filosófico, pues mientras que en aquellas predica sumisión, en éste predica revolución.

El pensamiento político de su *Filosofía del Derecho*, pues, mantiene relaciones no poco intensas con Maquiavelo; en su concepción divina del Estado, Hegel sostiene que el hombre encontrará su realización en la obediencia total a éste, pues en el deber es donde el individuo encuentra su liberación. “Hegel fue más lejos que Maquiavelo —anota Ebenstein— identificando el poder —el Estado— con la moral. . .”(119), y aun con la religión, agregaríamos nosotros. Maquiavelo expulsa de la política a la moral y a la religión; Hegel las somete, las reduce y las confina en la política; pero ya no como juicios independientes, sino que lo que es bueno para el Estado es bueno en sí, es moral, es religioso. De alguna manera, escribe Castillo Peraza, “*El Príncipe* coincide con el hombre excepcional de Hegel, que, en un momento dado ‘encarna’ el sentido de la historia y tiene derecho a obrar más allá de la razón, porque es el espíritu en movimiento” (120). Pero la

117. BRECHT, Arnold. *Teoría Política*, Ediciones Ariel. Barcelona 1963. pag. 357

118. NUÑEZ LAPEIRA, Francisco. *Introducción a la dialéctica de Hegel*. Editorial de Librería Voluntad. Bogotá, 1972. pag. 67

119. EBENSTEIN, Op. Cit. pag. 730

120. CASTILLO PERAZA, Op. Cit. pag. 56

relación se torna íntima cuando Hegel aborda el tema de la guerra, de las que dice que son no sólo necesarias, sino también, y sobre todo, beneficiosas. "Lo que tiene que decidir la guerra o el medio que se emplee —dice Hegel— no es cuál de los derechos alegados por las partes es el verdadero derecho sino cuál de ambos debe ceder ante el otro" (121). Esta cita parece que fuera incluso del propio Maquiavelo, su ascendiente espiritual. Empero, frente a estas concepciones se alza la voz de Ebenstein, que dice que "uno de los fenómenos paradójicos de la filosofía política (léase ciencia política) es que aquellos que exigen una ley y un orden absolutos dentro del Estado, al mismo tiempo propugnan una anarquía como cosa normal y deseable en una relación normal entre estados" (122). Y más adelante agrega que "una de las paradojas de la historia es que las teorías de la conducta humana y de las motivaciones que colocan a la victoria en la guerra por encima de los demás valores, lleva en último término al fracaso militar" (123).

De Maquiavelo, Hegel escribía también que "era un buen patricio y hombre profundamente versado en la ciencia política" (124). Y de *El Príncipe* dice que "es la más grande y auténtica concepción del genio político con el fin más elevado y más noble" (125).

No obstante lo anterior, el pensamiento filosófico de Hegel es, como dijimos arriba, diferente. En efecto, en su *Fenomenología del Espíritu*, cuando habla de la Autoconciencia, tiene un capítulo denominado Señor y Siervo, llamado por Marx, según Kaufmann, "el verdadero lugar de nacimiento y secreto de la filosofía hegeliana" (126). Allí Hegel dice que la historia de la humanidad es la historia de la interacción entre la tiranía y la esclavitud: la dialéctica histórica es la dialéctica del Amo y del Esclavo. Hegel (127) se separa aquí del contenido de *El Príncipe*, no así de su motivación. Propugna por la lucha a muerte del Esclavo para ser "reconocido" por el Amo, para lograr su liberación y devenir así en Autoconciencia. "El hombre no alcanza su libertad auténtica, su autonomía verdadera, sino después de haber sido siervo. . . Sólo la conciencia en principio servil y dependiente, es la que realiza el ideal de la autoconciencia autónoma gracias al trabajo el siervo, que transforma el mundo exterior y al transformar éste, transfor-

121. Citado por MEINECKE. *La idea de la razón de estado en la Edad Moderna*. Op. Cit. pag. 364

122. EBENSTEIN, Op. Cit. pag. 728

123. *Ibidem*, pag. 731

124. Véase el prólogo a *El Príncipe* en Op. Cit. pag. 72

125. Vid. PEÑA MOTTA, Op. Cit. pag. 108

126. KAURMANN, Walter. *Hegel*. Alianza Editorial. Madrid, 1968. pag. 203

127. Ver HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich. *Fenomenología del espíritu*. Fondo de Cultura Económica. México, 1966. pag. 117 — y ver KOTEVE, Alexander. *La dialéctica del Amo y el Esclavo*. en Hegel. Editorial La Pléyade, Buenos Aires, 1972. pag. 12 - 37

ma también su realidad interna, generando así las condiciones para retomar su lucha liberadora por el "reconocimiento". . . El Amo no es el hombre verdadero, sino una etapa de éste. . ." (128); éstas son nuestras palabras, extraídas de otro ensayo.

Hablemos ahora de Heinrich von Treitschke y su relación con El Príncipe: coincide con Hegel en la sacralización del Estado, sentando así las bases del fascismo, y predica también la bondad de las guerras, citando a Heráclito, para quien "la guerra es el padre de todas las cosas" (129). Treitschke es, contrariando a Fichte, abiertamente transpersonalista, esto es, concebir al hombre como mero instrumento al servicio del Estado. Y Nietzsche (130), con su variedad de príncipe llamado superhombre, con su veneración por César Borgia y, sobre todo, con su moral de señores que está más allá del bien y del mal, según vimos más arriba, se coloca en la vanguardia de los descendientes espirituales de Maquiavelo. "En la tradición de Maquiavelo, Hobbes, Hume y Rousseau —escribe Kariel—, la filosofía de Nietzsche despejó de esta manera el camino hacia un orden público incluyente, secular y ateo. Dentro de éste, el debate significativo tendría que ocuparse de los medios y no de los fines" (131). La Voluntad de Dominio Nietzscheana recuerda a la "virtú" maquiaveliana. "Maquiavelo y Nietzsche —anota Uscatescu—, símbolos humanos de la eterna tragedia del poder" (132). Y en realidad, ambos, el florentino y el alemán, constituyen la línea ortodoxa del amor al poder, con su grandeza y su tragedia; línea que, al sentir de Russell (133), está en todos los hombres. El sistema ético de Nietzsche guarda —como vimos en su oportunidad— estrecha relación con los valores que encarna El Príncipe, aunque aquél trasciende el ámbito político y se lanza a explorar mundos nihilistas y utópicos, en busca del superhombre. Nietzsche ama la soledad, destroza la cultura occidental y, sobre las ruinas de ésta, levanta un nuevo orden de valores.

Sea ahora la oportunidad de hablar de la relación entre Maquiavelo y el Marxismo; entrambos tienen indubitablemente más de un punto de encuentro; la autonomía de la política y la importancia del estudio de la historia son los más sobresalientes.

Pero también rivalizan, pues Maquiavelo desconoce la influencia de la economía en la vida política, además de su pesimismo frente al hombre y algunas otras

128. CORREA HENAQ, Néstor Raúl. El Poder en Hegel. Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad Pontificia Bolivariana. (Medellín) (57): Abril - Mayo - Junio de 1982. pags. 243 - 251.

129. Citado en el prólogo a El Príncipe, por Cardona de Gibert, en Op. Cit. pag. 73

130. NIETZSCHE, Más allá del bien y del mal. Op. Cit. pag. 223 - 225

131. KARIEL, Henry S. A. la búsqueda del poder. Ediciones Troquel S. A. Buenos Aires, 1967. pag. 39

132. USCATESCU, Op. Cit. pag. 38

133. RUSSELL, Op. Cit. pag. 199

“fechorías” muy suyas. “Con dos cosas fundamentales se encuentran en Maquiavelo, el marxismo y los comunismos de hoy. La ‘desacralización de la política’ y el ‘humanismo real’” (134). “Intérpretes del marxismo —anota el mismo Uscatescu— como Marcuse y Adorno han acercado a Marx y a Freud, y el acercamiento se funda antes que nada en la teoría de la voluntad del poder” (135). Y Hauser agrega que “Maquiavelo, como Marx y Freud cuenta entre aquellos pensadores cuyas ideas se han hecho patrimonio común, sin que la mayoría de las personas influenciadas por ellos haya tenido contacto directo con sus obras” (136). Los marxistas han llevado a cabo la segunda revolución en la historia de la ciencia política moderna; la primera la hizo Maquiavelo al separar la política de la moral, la segunda los marxistas; al volverse una doctrina militante, comprometida.

Y en este siglo XX, las tesis de El Príncipe han tenido un gran desarrollo y expansión, pues ellas informan casi todos los movimientos político-jurídicos que se han generado. Aun pensadores de vocación democrática hunden sus raíces en Maquiavelo, como Merriam, Catlin, Lasswell, Morgenthau y Bertrand Russell. Maquiavelo es, por ejemplo, présago de científicos tan distintos como Kelsen*, pues el positivismo político de aquél, aunque agraz, no es extraño al positivismo jurídico de éste, máxime cuando ambos afincan sus teorías en la coerción. La expresión “sólo los profetas armados vencen” bien pudo ir en el prelude de cualquier escrito de Kelsen. Ni siquiera el refinado personalismo de Emmanuel Mounier desconoce a Maquiavelo; el discreto encanto de sus tesis beben ex profeso en las fuentes de la política y sus pathos. Aun en campos insospechados, como la lingüística de Saussure o de Lacan, podríamos rescatar incólume algunos vestigios maquiavelianos. Salvo los ascetas y anacoretas, El Príncipe podría rastreadse en el ideario de todo movimiento contemporáneo.

Para efectos expositivos, dividiremos en cinco las corrientes que en este siglo XX estructuran sus teorías en los cimientos del maquiavelismo.

En primer lugar, está la teoría de las “Elites del poder”, que, revisando las tesis del liberalismo, pregonan por un natural distanciamiento entre los gobernantes y los gobernados, típico del más puro maquiavelismo. Surge a principios del siglo, fruto de las “meditaciones” sobre la decadencia de Europa, y se proyecta en los más importantes movimientos políticos contemporáneos. Sostienen que la democracia ya no se puede definir como el gobierno donde participa todo el pueblo; es decir, en palabras de Platón, “el gobierno pasa a ser democrático

134. USCATESCU, Op. Cit. pag. 15

135. Ibidem, 51

136. HAUSER' Op. Cit. pag. 192

* A propósito de la coerción en la Teoría Pura del Derecho, puede consultarse en: KELSEN, Hans: Teoría Pura del Derecho: la estructura lógica de la norma jurídica, y JIMENEZ CARVAJAL, Herman: La “Metafísica” de Kelsen o Ljubomir Tadic “corrige” a Hans Kelsen.

cuando los pobres, habiendo conseguido la victoria sobre los ricos, asesinan a unos, expulsan a otros, y se reparten por igual con los que quedan los cargos de la administración de los asuntos" (137); ahora, pues, la democracia debe ser definida como la posibilidad que tiene el pueblo de llegar a las élites del poder, ya que la complejidad del mundo contemporáneo y la natural disposición a gobernar que sólo unos tienen, impide que gobiernen todos; sólo unos pocos deben y pueden detentar el poder, y, si esto es así, la democracia se definiría entonces por la apertura del sistema, esto es, por la posibilidad de llegar unos pocos del pueblo a las élites del poder. Si los pobres pueden entrar en el pequeño círculo de los gobernantes, habrá entonces democracia. Es James Burnham en su obra "Los Maquiavelistas, Defensores de la Libertad", el que trabaja esta teoría; al respecto Burnham cita a los exponentes de las "élites del poder", que son: Gaetano Mosca, Sorel, Michels y Pareto, y luego Burnham concluye con sus tesis de que han sido ellos, maquiavelistas por naturaleza, los que han luchado como ningún otro, por la libertad de los pueblos. Veámoslo.

Inicialmente entonces, es Gaetano Mosca, en su libro "Elementos de Ciencia Política"*¹³⁷, el principal seguidor de esta corriente, con sus ideas de la "clase política dirigente", es decir, que sólo una minoría organizada debe ostentar el poder. "En la realidad —dice Burnham de Mosca— el dominio de una minoría organizada y que obedece a un solo impulso sobre la mayoría desorganizada es inevitable" (138). "Mosca cree que la estratificación de la sociedad en gobernantes y gobernados es universal y permanente, y que es una forma general de la vida política" (139). "El término 'democrático' parece más apropiado para la tendencia que trata de incorporar en la clase gobernante elementos derivados de las clases inferiores" (140), nos dice también Burnham de Mosca. Mosca, entonces, critica la definición tradicional de democracia y aboga más bien por una especie de liberalismo aristocrático, como en el siglo XVII, pero sin extremismos, sin cinismo, con mesura y en aras de la libertad.

Posteriormente Sorel, siendo socialista, abandona el cientifismo de los partidos de esta índole y vela ya no por un socialismo popular, sino por una nueva élite en el gobierno. Se basa en el mito de una utópica sociedad mejor, no para soñar con él sino para que él motive a una acción política, recurriendo a la violencia.

Luego es Michels quien desarrolla las tesis de las "élites del poder" y abandona el determinismo económico como explicación de la vida social, y recurre más

137. PLATON. La República. Editora Caribe. Medellín, 1980. pag. 578

* MOSCA, Gaetano (1856 - 1941), publicó este libro por vez primera en 1896.

138. Vid. BURNHAM, en Op. Cit. pag 115

139. Ibídem, pag. 120

140. Ibídem, pag. 133

bien al análisis de las organizaciones de grupo y sub-grupos —familia, ciudad, partido, club, etc.—, con base en los hechos concretos, que no en teorías, a la manera de Maquiavelo. Y toda organización requiere una dirección, que siempre será una minoría para Michels.

Y por último Pareto nos expone esta teoría, pero en forma más restringida: sólo intenta describir lo que es la sociedad y cuáles son las leyes bajo las cuales ella opera. Se separa también de la dogmática marxista y defiende una cierta semejanza entre las diversas clases sociales, acogiéndose, por el contrario, a una diferencia de orden individual: los hombres para él no son física, morales e intelectualmente iguales, por lo cual es partidario del dominio de una élite, que "siempre es una pequeña minoría" (141). Esta élite nunca es estática, y sus miembros son reemplazados por otros, generalmente de la misma familia o clase, salvo que acaezca una revolución, pues en tal caso gobernará una élite totalmente nueva, pero élite al fin y al cabo.

Y Burnham, luego de desarrollar las tesis de los cuatro autores anteriores, concluye justificando por qué los maquiavelistas —como aquellos cuatro— han sido defensores de la libertad, convirtiéndose ésta en una de las más sorprendentes y válidas expansiones de El Príncipe. Burnham concluye: "Una ciencia objetiva de la política y de la sociedad, comparable en sus métodos a otras ciencias empíricas, es posible" (142). "El tema esencial de la ciencia política es la lucha por el poder social" (143). "La división social más significativa que cabe reconocer es la que existe entre la clase gobernante y los gobernados, entre la élite y la no élite" (144). "La ciencia histórica y política es ante todo el estudio de la élite" (145). "El primer objeto de toda élite o clase gobernante es el de mantener su propio poder y privilegio" (146). "La regla de la élite se basa en la fuerza y en el fraude" (147). "En toda élite actúan siempre dos tendencias opuestas: una aristocrática y otra democrática" (148). "A la larga, la segunda de esas tendencias predomina" (149). "Periódicamente tienen lugar revoluciones sociales" (150). Y Burnham concluye, en forma magistral, sus tesis: "Los maquiavelistas modernos,

141. *Ibidem*, pag. 260

142. *Ibidem*, pag. 279

143. *Ibidem*, pag. 280

144. *Ibidem*, pag. 281

145. *Idem*.

146. *Idem*.

147. *Idem*.

148. *Ibidem*, pag. 282 - 283

149. *Idem*.

150. *Idem*.

imitando en esto a Maquiavelo, no pierden tiempo discutiendo las ventajas o las desventajas del mito de la democracia definida como autonomía. Pero se interesan mucho en la realidad de la democracia definida como libertad" (151). "La libertad, como ya lo he dicho, significa ante todo la existencia de una oposición pública a la élite gobernante (152). "Los maquiavelistas son los únicos que nos han dicho la verdad respecto al poder. . . Sólo el poder restringe al poder" (153). Nos identificamos con James Burnham y consideramos el suyo, uno de los mejores desarrollos de las ideas de El Príncipe.

Aplicación a la teoría de las "élites del poder" es por ejemplo el Partido Comunista Soviético, donde el Secretario General concentra el poder. Las decisiones del partido empiezan a discutirse desde la base y van ascendiendo hasta la cúspide, con una progresiva disminución cuantitativa, hasta llegar al Secretario General del Partido, quien toma la decisión, y ésta vuelve a descender hasta la base. Es como subir y bajar una pirámide. Pero fue en la Rusia de Lenin donde las tesis de las "élites del poder" han tenido mayor aplicación. En verdad, en octubre de 1917 se encontró al frente de un pueblo grande y atrasado. Con alguna influencia platónica, Lenin pensaba que el pueblo era imbécil y que sólo pensaba, por falta de concientización, en reivindicaciones salariales. Lenin vio que los soviets, aunque representaban a la mayoría del pueblo, no eran la solución; "se requería de una organización fuertemente centralizada, que a su vez —anota Hanno Drechsler— diese vida a aparatos administrativos centralizados y no idénticos con el pueblo. La única organización centralizada existente era el partido bolchevique con sus 'correas de transmisión', al que Lenin había asignado en su concepción original de Estado y Revolución una función completamente secundaria, pero que luego se adueñó del mando de los soviets, quitándoles a éstos su base democrática. . . Hasta su muerte, Lenin siguió con preocupación la inevitable transformación de la dictadura del proletariado en dictadura de un partido autoritario"(154). Y en efecto, el parecido del partido comunista leninista con una teoría de las "élites del poder" se derrumba al llegar al tema de la necesaria oposición pública que —según se vio— garantice la libertad.

Ahora bien, una segunda influencia y desarrollo de El Príncipe en el siglo XX la encontramos en el Fascismo. Es Benito Mussolini en Italia el que consume el nacionalismo que había soñado Hegel para Alemania. Se basa el fascismo en la Romanidad, en la continuación del Resurgimiento Italiano, en el Estado-ético, en el Estado-educador y en el totalitarismo. La Razón de Estado encuentra eco en estas palabras del "Duce": "Todo por el Estado; nada contra el Estado; nada fuera del Estado" (155). Mussolini, como Hitler, acoge además algunas tesis de

151. *Ibidem*, pag. 304

152. *Ibidem*, pag. 306

153. *Idem*.

154. DRECHSLER, Hanno. El comunismo. EN: ABENDROTH, W., LENK, K. y otros. Introducción a la Ciencia Política. Editorial Anagrama, Barcelona, 1971. pag. 155 - 157.

155. Cfr. MUSSOLINI, Benito. Prólogo a El Príncipe. Ed. Universitaria. Universidad de Puerto Rico. Puerto Rico, 1975. pag. 107

la doctrina de las "élites del poder", de las minorías selectas, de los cuadros de dirección. Finalmente, la afinidad de Mussolini con Maquiavelo es tal, que tiene una edición de *El Príncipe* prolongada por él, donde escribe: "Cuando en 1924, redacté unos breves comentarios a *El Príncipe*, después de releer atentamente este libro, que llamaría de buen grado el vademécum de todo hombre de gobierno, hube de reconocer que nada nuevo explicaba al público. Únicamente quería poner el menor número de intermediarios entre Maquiavelo y yo, para no perder el contacto directo entre su doctrina y mi doctrina, entre su manera de gobernar y mi manera, entre sus observaciones de los hombres y de las cosas más. Por ello mi trabajo no fue una fría disertación escolástica, sino más bien un drama, si, como creo, cabe llamar drama a la tentativa hecha por el espíritu para tender un puente por encima del abismo que separa las generaciones y los acontecimientos" (156).

Una tercera proyección de *El Príncipe* en este siglo la encontramos en Hitler, no tanto ya como fundamento doctrinario, sino como manual de comportamiento. Es Hitler indubitablemente maquiavélico, pero antes que en Maquiavelo, hunde sus raíces en Nietzsche. El nacional-socialismo era, ante todo, racista. Con todo, el título de "Maquiavelo alemán" no lo ostenta Hitler, sino un coterráneo un poco más joven: Max Weber, que "en su ontología del poder, se siente a su vez más cerca de Hobbes que de Maquiavelo" (157); Weber (158), levanta sus tesis sobre los tipos de dominación en los pilares del maquiavelismo. Hitler, entonces, ha sido llamado por Chevallier "el príncipe nuevo, adaptado al siglo XX", quien cita a su vez estas palabras del calificado germanista Francois Poncet, sobre *Mein Kampf*: "A la violencia y a la brutalidad unía una aptitud para el engaño, para la hipocresía, para la mentira, aguzada por las rivalidades y las discordias de que su partido era presa sin cesar. Sabía adormecer a su adversario, hasta el momento en que pudiese desembarazarse de él, y, mientras firmaba tratados, reflexionar en la manera como dejaría de cumplirlos" (159). Este pasaje sin duda, recuerda a Maquiavelo (160) hablando emocionado de Alejandro VI; prácticamente es igual; ¿qué diría entonces el Secretario florentino del nazi?

Una cuarta vertiente en el presente siglo sería el maquiavelismo liberal de Benedetto Croce, quien reduce la política a la esfera de lo útil; predica una amoralidad política, y de Maquiavelo ha dicho que "ha descubierto la necesidad y la auto-

156. Vid. MUSSOLINI, Benito. Palabras pronunciadas sobre Maquiavelo, en 1933. EN: MAQUIAVELO, *El Príncipe*, Op. Cit. pag. 77

157. USCATESCU, Op. Cit. pag. 36

158. Véase WEBER, Max. Una apreciación crítica de su obra *Revista Mexicana de Sociología* (México) (26): 1975. pag. 15

159. Véase PONCET, Francois A. Análisis sobre *Mein Kampf*. (Mi lucha, Adolfo Hitler). EN: CHEVALLIER, Op. Cit. pag. 48

160. MAQUIAVELO, *El Príncipe*, Op. Cit. pag. 152

nomía que está más allá del bien y el mal moral, que tiene leyes propias a las que es inútil rebelarse y que no se puede exorcizar y sacar del mundo con el agua bendita" (161). Para Croce, "Maquiavelo representa la verdadera fundación de una filosofía de la política" (162). Es en el divorcio entre política y moral donde se encuentran Maquiavelo y Croce.

Y por último, El Príncipe se reencarna en este siglo en el maquiavelismo izquierdista de Antonio Gramsci. Lo más original de Gramsci, a juicio de Uscatescu, "es la interpretación revolucionaria, antiaristocrática, de El Príncipe" (163). Gramsci sostiene que "la formulación dada por Maquiavelo a la cuestión de la política (y la afirmación implícita en sus escritos de que la política es una ciencia autónoma, con sus principios y leyes, diferentes de los pertenecientes a la moral y a la religión) es aún hoy discutida y contradicha, no habiendo logrado convertirse en 'sentido común'" (164). Gramsci, destaca en sus "Notas sobre Maquiavelo y El Príncipe", donde expone su teoría de que "el partido leninista es el nuevo príncipe moderno" (165), cuatro aspectos básicos: la formación de una voluntad colectiva nacional-popular; reforma intelectual y moral (mentalización de las masas); Maquiavelo, el primero en desvelar ciertos procedimientos políticos, y la verdadera encarnación de El Príncipe hoy. Gramsci vivió un momento político muy difícil, al igual que Maquiavelo, y en sus obras, especialmente en sus cartas* desde la prisión, cita frecuentemente a éste. Ante todo, Gramsci intenta refundir a Maquiavelo en el marxismo. Los Marxistas habían reprochado a Maquiavelo el ocuparse poco de los mecanismos económicos; "les parecía incomprensible que interpretara las guerras en términos de voluntad de dominio —dice Hélene Védrine—, sin interesarse por los factores económicos que la suscitan" (166); no obstante, quizás el realismo de Maquiavelo resulte, hoy que los marxistas van pasando "de creer que saben a saber que creen" (167), como afirma Carlos Fuentes, mucho más certero que el economicismo determinista. Pero Gramsci prefiere explorar nuevos campos. "El carácter utópico de El Príncipe reside en el hecho de que un príncipe tal no existía en la realidad histórica" (168), escribe también Gramsci.

161. CROCE, Op. Cit. pag. 60

162. *Ibidem*, pag. 61

163. USCATESCU, Op. Cit. pag. 12

164. Vid. GRAMSCI, Antonio. El Partido Lenínista como el Príncipe Moderno. EN: MAQUIAVELO, El Príncipe, de Editorial Arko. Bogotá, 7, pag. 13

165. Cfr. GRAMSCI, Op. Cit. pag. 13

* Ver las cartas de Antonio Gramsci a su esposa Tiana. 23 - II - 1931, 17 IX - 1931, 14 - III - 1932.

166. Cfr. VEDRINE, en Op. Cit. pag. 72

167. FUENTES, Carlos. El Otro. Revista Vuelta (México) (1979): marzo, pag. 20.

168. GRAMSCI, Prólogo a El Príncipe, en Op. Cit. pag. 17

En sus "notas" se pregunta cuáles son las condiciones de la política de su tiempo y analiza las condiciones de nacimiento de un nuevo partido, que sería el nuevo príncipe. "A Gramsci le interesa Maquiavelo —escribe Castillo Peraza— en tanto que desmitificador y en tanto que promotor de una milicia popular" (169). Sobre su príncipe moderno, dice Gramsci que "el príncipe-mito, no puede ser una persona real, un individuo concreto. El puede ser solamente un organismo" (170) (léase el partido leninista). El nuevo príncipe tiene que ser un partido político, no sólo por la cantidad indispensable de personas, sino también por la necesidad de la rapidez en ciertas acciones, lo que es posible únicamente por una voluntad colectiva. La estructura de trabajo del partido consiste en formar una voluntad colectiva nacional-popular y en una reforma intelectual y moral, al sentir de Gramsci (171). Es este "espíritu de partido", negación del individualismo, el elemento esencial para Gramsci del "espíritu estatal" (172). Esta es, por supuesto, su diferencia con Maquiavelo, que lejos de escribir para el pueblo o para un partido, lo hacía para los gobernantes. Empero, consideramos el de Gramsci, uno de los mejores intentos teóricos por actualizar a Maquiavelo. "El significado universal, renacentista, moderno y contemporáneo de la teoría de Maquiavelo —anota Rozo Acuña— hay que entenderlo en el sentido de Antonio Gramsci" (173).

In fine, si bien es cierto que El Príncipe tiene una parte muerta, esto es, los ejemplos y los acontecimientos que rodean la obra, es también lo cierto que sus tesis permanecen vivas hoy, con una vigencia indiscutible en cuanto describen las pasiones humanas por el poder; "pero ello no ha hecho sino ahondar el divorcio entre el campo teórico y su intelección y el campo de la acción política. En tanto en el primero la especulación se ha ido apartando de Maquiavelo, depurando y ahondando sus ideas, en los dominios del segundo asistimos a un constante triunfo y actualidad del maquiavelismo" (174), siguiendo a Uscatescu. El realismo aparentemente crudo de Maquiavelo es en este siglo XX fácil de apreciar, y su positivismo político parece abrirse paso para entrar a estudiar los fenómenos políticos a la luz de los criterios autónomos que toda ciencia precisa. ¡Maquiavelo sigue vivo! Esta es mi conclusión para este concurso.

169. CASTILLO PERAZA, Op. Cit. pag. 79

170. GRAMSCI, Prólogo a El Príncipe, Op. Cit. pag. 19

171. *ibidem*, pag. 24

172. *Ibidem*, pag. 31 - 32

173. ROZO ACUÑA, Eduardo. Evolución de las ideas políticas. Universidad Externado de Colombia. Bogotá, 1980 pag. 101.

174. USCATESCU, Op. Cit. pag. 37

BIBLIOGRAFÍA

- ABENODROTH, W. LENK, K. y otros. Introducción a la Ciencia Política. Ed. Anagrama. Barcelona, 1971. pp. 144 - 162.
- ACOSTA HOYOS, Luis Eduardo. Metodología de la Investigación. Técnicas de Apuntes. Universidad de Antioquia, Medellín, XLIV. (1168): 623 - 630 p.
- ALTHUSSER, Louis. Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Revista Octubre. Colombia, 1970. pp. 13 - 72.
- ARISTOTELES. La Política. Ediciones Universales. Bogotá, 1981. 269 p.
- BRECHT, Arnold. Teoría Política. Ediciones Ariel. Barcelona, 1963. p. 358.
- BURCKHARDT, Jacob. La Cultura del Renacimiento en Italia. Ed. Iberia, S. A. 2a. ed. Barcelona, 1959. 429 p.
- BURNHAM, James. Los Maquiavelistas. Defensores de la Libertad. Emecé Editores, S. A. Buenos Aires, 1945. 336 p.
- CARTAS DE Antonio Gramsci a su esposa Tiana. Roma, 23 - II - 1931, 17-IX-1931, 17 - XI - 1931, 14 - III - 1932.
- CASSIRER, Ernst. El Mito del Estado. Fondo de Cultura Económica. México, 1968. pp. 138 - 193.
- CASTILLO PERAZA, Carlos. Maquiavelo, ética y política. Revista Logos. (México). (20): Mayo - agosto de 1979. pp. 35 - 80.
- CHEVALLIER, Jean-Jacques. Los Grandes Textos Políticos desde Maquiavelo hasta nuestros días. 5a. ed. Ed. Aguilar, Madrid 1965. pp. 6 - 33
- CORREA HENAO, Néstor Raúl. Análisis histórico, político y jurídico del Derecho de Resistencia. Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Pontificia Bolivariana. (Medellín). (52): Mayo, 1981. pág. 145 - 153.
- CORREA HENAO, Néstor Raúl. El Poder en Hegel. Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín). (57): Abril - mayo - junio de 1982. pp. 243 - 251.
- CROCE, Benedetto. Elementos de Política. Ed. Laterza. Bari, 1925. pp. 51 - 59.
- CROSSMAN, R. H. S. Biografía del Estado Moderno. Fondo de Cultura Económica. México, 1965. pp. 101 - 120.
- DEL VECCHIO, Giorgio. Filosofía del Derecho. 5a. ed. Ed. Bosch, Barcelona, 1947. p. 319.
- DUVERGER, Maurice. Instituciones Políticas y Derecho Constitucional. Fondo de Cultura Económica. México, 1978. pp. 25 - 36.
- EBENSTEIN, William. Los grandes pensadores políticos; de Platón hasta hoy. Revista de Occidente. Madrid, 1965. pp. 339 - 349 y 725 - 731.
- FUENTES, Carlos. El Otro. Revista Vuelta (México) (1979): marzo. p. 20.
- GRAMSCI, Antonio. El Partido Leninista como el Príncipe Moderno Prólogo a El Príncipe. Ed. Arko. Bogotá, ? pp. 13 - 35

- GETTEL, Raymond G. Historia de las ideas políticas. Editora Nacional. México, 1959. pp. 235 - 239
- GONZALEZ, Fernando. Una tesis. Tesis de Derecho y Ciencias Políticas. Medellín, Universidad de Antioquia, 1917. 44 p.
- HAUSER, Arnold. El Manierismo, crisis del Renacimiento. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1971. pp. 185 - 212.
- HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich. Fenomenología del Espíritu. Fondo de Cultura Económica, México, 1966. pp. 117 - 121.
- JIMENEZ CARVAJAL, Herman. La "Metafísica" de Kelsen o Ljubomir Tadic "Corrige" a Hans Kelsen. Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Pontificia Bolivariana. (Medellín). (57): abril - mayo - junio de 1982. pp. 225 - 242.
- JOLY, Maurice. Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu. Ed. Seix Barral, S. A. Barcelona, 1977, 249 p.
- KARIEL, Henry S. A. la búsqueda del Poder. Ediciones Troquel S. A. Buenos Aires, 1967. pp. 23 - 39.
- KAUFMANN, Walter. Hegel. Alianza Editorial. Madrid, 1968. p. 203.
- KELSEN, Hans. Teoría General del Estado. Editora Nacional, S. A. México, 1979. p. 22 - 23.
- KOJEVE, Alexander. La dialéctica del Amo y el Esclavo en Hegel. Ed. La Pléyade. Buenos Aires, 1972. p. 12 - 37.
- MANTILLA PINEDA, Benigno. Maquiavelo o el iniciador de la ciencia política moderna. Revista de Estudios Políticos. (Madrid) (151): 1967, pp. 5 - 19
- MANTILLA PINEDA, Benigno. Maquiavelo Redivivo. Revista de Estudios Políticos. (Madrid) (165 - 166): 1969. pp. 5 - 17
- MAQUIAVELO, Nicolás. El Príncipe. Edición de Angeles Cardona de Gilbert. Ed. Bruguera. 3a. ed. Barcelona, 1979. 185 p.
- — — — — Ed. Espasa - Calpe, S. A. Decimotercera ed. Madrid, 1973. 167 p.
- — — — — Edición de Esteban Molist Pol. Ediciones Universales, Bogotá, ?, 193 p.
- — — — — Obras políticas. Comentada por Luis Navarro. Ed. Poseidón. Buenos Aires, 1943. pp. 7 - 456.
- MARCUSE, Herbert. Éros y Civilización. Ed. Seix Barral, S. A. Barcelona, 1968. p. 8
- MARX, Karl y ENGELS, Friedric. Manifiesto del Partido Comunista. Ediciones en Lenguas extranjeras, Pekín y Fondo Editorial la Oveja Negra, Colombia. 5a. ed. 1975. pp. 32 - 87
- MEINECKE, Friedric. La idea de la razón del Estado en la Edad Moderna. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1959. pp. 15 - 65.
- MUSSOLINI, Benito. Prólogo a El Príncipe. Ed. Universitaria. Universidad de Puerto Rico. 1975. 107 p.
- NAVARRO, Luis. Comentarios a la Obra Política de Maquiavelo. Ed. Poseidón. Buenos Aires, 1943. pp. 7 - 14 y 441 - 456.
- NIETZSCHE, Federico. El Anticristo. Publicaciones Prisma. Medellín, ?. 95 p.

- NIETZSCHE, Federico. Más allá del bien y del mal. Alianza Editorial. Madrid, 1980. 261 p.
- NUÑEZ LAPEIRA, Francisco. Introducción a la Dialéctica de Hegel. Ed. de Librería Voluntad. Bogotá, 1972. p. 67.
- ORTEGA Y GASSET, José. España invertebrada. Obras completas, 2a. ed. Revista de Occidente. Madrid, 1950. p. 64.
- PEÑA MOTTA, Pedro Pablo. Maquiavelo. Copla Editores. Bogotá, 1979. 185 p.
- PLATON, La República. Editora Caribe, Medellín. 1980, pp. 435 - 621.
- POKROVSKI, V. S. y Otros. Historia de las ideas Políticas. Ed. Grijalbo. S. A. México, 1966. pp. 144 - 148.
- PRELOT, Marcel. Historia de las Ideas Políticas. Ed. La Ley, Buenos Aires, 1971. pp. 239 - 252
- PREZZOLINI, Guiseppe. Nicolás Maquiavelo. Ediciones Ultra. Santiago de Chile, 1938. 136 p.
- RENAUDET, Agustín. Maquiavelo. Ed. Tecnos. Madrid, 1959. pp. 13 - 218.
- ROLDAN, Ciro. Maquiavelo, Padre de la Ciencia Política. Revista Pluma (Bogotá). (33): marzo, 1982. pp. 6 - 12
- ROMERO, José Luis. Maquiavelo Historiador. Ediciones Signos. Buenos Aires, 1943. pp. 7 - 51
- ROUSSEAU, Juan Jacobo. El Contrato Social. Editora Nacional. México, 1980. 163 p.
- ROZO ACUÑA, Eduardo. Evolución de las ideas políticas. Universidad Externado de Colombia. Bogotá, 1980. pp. 101 - 109.
- RUSSELL, Bertrandt. El poder de los hombres y en los pueblos. Ed. Lozada, S. A. 5a. ed. Buenos Aires, 1968. pp. 199 - 206.
- SABINE, George. Historia de la teoría política. Fondo de Cultura Económica, México, 1945. pp. 321 - 341.
- SANCTIS, Francesco De y FLORA, Francesco. Historia de la Literatura italiana. Tomo II. Ed. Lozada. Buenos Aires, 1952. pp. 66 - 110.
- SFORZA, Conde Carlo. El pensamiento vivo de Maquiavelo. Ed. Lozada. Buenos Aires, 1945. pp. 15 - 75
- USCATESCU, George. Maquiavelo y la pasión del poder. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1969. 215 p.
- VALENCIA RESTREPO, Hernán. Análisis de "El Príncipe". Revista Estudios de Derecho. Universidad de Antioquia (Medellín) (78): 1970. pp. 507 - 523.
- VALENCIA RESTREPO, Hernán. Tomás Hobbes, fundador de la filosofía política moderna. Tesis de Derecho y Ciencias Políticas. Medellín, Universidad de Antioquia, 1974. pp. 295 a 399.
- VILLARI, Pasquale. Maquiavelo, su vida y su tiempo. 5a. ed. Biografías Grandeza. México, 1958. 453 p.
- VON MARTIN, Alfred. Sociología del Renacimiento. Fondo de Cultura Económica. México, 1946. 157 p.